

15

EL PROTEGIDO

TERROR


escalofríos de
TERROR
RIP

RALPH BARBY

EL PROTEGIDO

Colección
ESCALOFRÍOS TERROR N.° 15

Ediciones Olimpic S.L.
Apdo. Correos, 9428
08080 – Barcelona

ISBN: 84-7750-051-7
Depósito Legal: M-14042 - 1988

1ª edición: junio, 1988

Fotocomposición LOSER, S.A.
Puerto Príncipe 24.
08027 - Barcelona

Imprime LIFUSA
Esplugues - Llob

Distribuye R.B.A.
Pol. Ind. Zona Franca - Sector B
C/B nº2 11.
0804 - Barcelona

CAPÍTULO PRIMERO

La Rué Gambetta se hallaba prácticamente desierta, había escasa o ninguna animación. Había llovido de forma fina, pero pertinaz, y todo el asfalto y el enlosado de las aceras aparecían acharolados.

La noche había caído hacía un par de horas, mas no podía decirse que hiciera frío.

—Yo no tengo hambre —dijo Nicole con una sonrisita mientras miraba hacia la calzada, buscando sin di simulo los faros de un automóvil que, en su opinión, tardaba en llegar.

—No seas tonta y come —le recomendó su hermana Geraldine, que sostenía entre sus dedos un sándwich de lechuga y pollo frío, protegido por una servilleta de papel.

—Tu amiguito se retrasa —dijo Jean Pierre, que también estaba tomando su emparedado.

Los tres permanecían bajo el toldo de un *snack*, junto al mostrador de venta exterior para viandantes que no deseaban entrar en el local y sentarse ante una mesa.

—Ese cretino se cree que porque le salen los francos por las orejas puede hacer lo que le venga en gana —protestó Nicole ya algo nerviosa, golpeando el suelo con la punta de sus zapatos.

De pronto, entre ellos apareció la figura de un niño cuyo aspecto hacía pensar que tendría entre siete y nueve años. Su piel era cetrina y su pelo, negro y ensortijado. Sus ropas estaban ajadas. Sus ojos eran de un negro intensísimo y mirándole era imposible adivinar lo que pensaba. Su aspecto era de niño abandonado, un futuro *clochard* de la gran ciudad.

—¡Hola, chico!, ¿cómo te llamas? —le preguntó Jean Pierre.

Geraldine observó al niño de aspecto casi harapiento. Nicole apenas le dedicó una ojeada y dijo:

—Que se marche, Lambert va a llegar de un momento a otro.

—Eh, chico, ¿no tienes familia? —le preguntó Geraldine.

El niño les miraba con fijeza, sin responder.

—¿Quieres un bocadillo? —preguntó Jean Pierre, un hombre joven y alto.

Era teniente de la brigada especial de guerrilleros paracaidistas. Estaba de permiso y trataba de aprovecharlo junto a Geraldine.

Geraldine y Nicole eran hermanas; se parecían en algunos rasgos físicos y en la pulsera de oro con un huevecillo de ámbar que las dos llevaban colgando de la muñeca izquierda, pulseras que su padre les había regalado poco antes de fallecer a consecuencia de un accidente marítimo deportivo, pues era gran aficionado a la navegación marítima.

—Decidle que se vaya, es mudo —se quejó Nicole, que seguía mirando el asfalto. Pasaban automóviles, pero ninguno era el de Lambert.

—No seas así —Nicole se quejó su hermana—. ¿Quién sabe cuando habrá comido por última vez?

—Miradlo, parece árabe o gitano. ¿Quién sabe de dónde ha salido?

—¡Camarero, otro bocadillo! —pidió Jean Pierre. Encarándose con el niño le preguntó—. ¿De qué lo prefieres?

El chico les miraba fijamente, sin articular palabra. Geraldine se aventuró a opinar:

—Puede que no comprenda nuestro idioma.

—Uno de salchichas y otro de pollo con lechuga, así seguro que acertamos.

—No me digas que te lo vas a llevar para alimentarlo —se mofó Nicole.

La chica tenía el cabello de un rubio platino que llamaba la atención. El pelo de su hermana era castaño y parecía que Nicole debía tenerlo del mismo color, mas el artificio de la técnica se lo había cambiado.

Jean Pierre depositó en las manos del niño los sándwiches. El chiquillo los observó alternativamente y comenzó a comerse el de lechuga con delgados filetes de pollo frío y blanco.

—Parece que se guarda el de las salchichas —observó Geraldine mientras el chico se alejaba comiendo y llevando el otro bocadillo en la mano, como reservándoselo.

—¡Ja! Ni te ha dado las gracias —observó, mordiente, Nicole

cuando apareció un automóvil que se aproximó a la acera haciendo intermitencia la luz intensiva para advertir de su presencia.

—¡Lambert, Lambert! —gritó Nicole acercándose a la portezuela.

El joven del coche se asomó a la ventanilla y preguntó a Geraldine y a Jean Pierre:

—¿Qué, venís?

—No, marchaos.

—Vamos al cine Tívoli, creo que echan una buena película.

—¿*Cochon*? —preguntó Jean Pierre.

—No, creo que es más cursi que todo eso; sin embargo, algo se verá.

—Vamos. Lambert, o llegaremos tarde —le apremió Nicole, que ya se había acomodado dentro del automóvil.

—¡Adiós, que seáis buenos! —se despidió Lambert, irónico.

Nicole se sentía a gusto. Lambert era una especie de *play-boy*, ni él mismo sabía decir en qué trabajaba y el caso es que llevaba un coche lujoso.

Lambert era el típico personaje ducho en relaciones públicas; podía beber un poco más que los demás y siempre sabía donde poder hacer trapicheos en los que ganar comisiones como intermediario.

Jean Pierre se decía que si alguna vez le sobraban unos francos, jamás los pondría al alcance de Lambert, que con el cuento de que iba a doblarlos con beneficios, los hacía desaparecer.

—¿Tienes las entradas, cariño?

—Claro que sí, Nicole, claro que sí. ¡Hum!, qué piernas más sabrosas tienes.

—Si a oscuras no las ves —objetó la chica.

—Me basta con tocarlas.

—Cuidado, conduce el coche y no mis piernas, que ya sé moverlas yo sola.

—Tonta, verás como luego yo… —sonrió ampliamente.

Lambert condujo su automóvil hacia el cine Tívoli que no se hallaba lejos, pero había preferido alejarse de Geraldine y Jean Pierre; deseaba estar a solas con Nicole.

—Vaya, es contra dirección —gruñó molesto al descubrir el disco que le impedía introducirse por la calle que deseaba para

llegar de forma más directa a su destino.

—¿Y antes se podía pasar por esta calle? —preguntó Nicole.

—Claro, pero siempre andan haciendo la puñeta y cambiando las señales, ahora arriba, luego abajo… Esto es un lío.

Lambert, algo contrariado, pues parecía tener prisa, rodeó un par de calles hasta llegar frente al local, mas allí no podía estacionar su coche y tuvo que rodar unos metros más hasta arribar a una calle bastante estrecha. Allí, detuvo el coche y lo sujetó con el freno de mano.

—¡Uf, menos mal! Vamos.

—¿Crees que llegaremos tarde? —preguntó la muchacha.

—¿Tarde? Lo importante es llegar.

—Lo dices como si la película fuera lo de menos.

Él no contestó.

—Oye, Lambert, ¿qué te traes entre ceja y ceja?

Al descender del coche, Nicole observó que el niño que antes había pasado junto al *snack* estaba allí y deslizaba las yemas de los dedos por la carrocería del auto, haciendo saltar las gotas de agua que habían quedado prendidas en la pintura por la lluvia caída con anterioridad.

—¡Eh, chico! ¿Qué haces con el coche? —inquirió Lambert, con cierta agresividad.

—Vaya, si es el mismo golfo que estaba pidiendo bocadillos. Jean Pierre le ha comprado dos.

—Yo no soy tan tonto como él… Aparta de aquí o te doy un tortazo.

Lo empujó, haciéndolo trastabillar. El niño que no hablaba le miró intensamente con aquellos ojos que expresaban mucho, aunque no había forma de descifrar lo que quería decir, era como una paradoja.

—¿Por qué no se lo llevarán los gendarmes a un orfelinato? Si anda solo por la calle acabará convirtiéndose en un delincuente, y ya tenemos demasiados en esta ciudad —se quejó Nicole.

—Seguro que es hijo de algún inmigrante del sur, mira qué pelo tiene y el color de su piel.

—A lo peor es un gitano.

—Sea lo que sea, le voy a dar un puntapié en el trasero si vuelve a tocarme el coche. Éstos son los que te rayan toda la pintura con

un cortaplumas en cuanto te descuidas.

El niño se apartó, para no recibir el puntapié prometido. Luego, viéndole ya distanciado, Lambert y Nicole caminaron hasta la marquesina luminosa del cine al que iban acudiendo algunos espectadores más.

Entraron en el local que, aunque restaurado en su decoración, anteriormente había sido teatro con pretensiones, sucumbiendo luego bajo el imperio del cine.

En la sala se conservaban todos los recargados adornos del barroco florido, pintados en dorados y cortinajes granates, espesos y pesados.

—¡Eh, tú!, ¿adónde vas? —le preguntó el portero al ver que el niño trataba de filtrarse en el local.

El pequeño con aspecto de golfillo intentó seguir adelante, pero el portero lo empujó sin miramientos, haciéndolo caer sentado sobre la moqueta.

—¡Fuera, fuera o llamo a los gendarmes para que se té lleven y será peor para ti! En el reformatorio…

Iba a continuar, pero no lo hizo porque tuvo que atender a nuevos concurrentes a la sala.

Algunos miraron al niño, otros ni siquiera eso.

Cuando el portero volvió a buscarlo con la mirada, el chico había desaparecido como tragado por la tierra.

El portero se acercó a la calle y miró a un lado y a otro sin descubrirlo. Todo había ocurrido muy aprisa en el momento en que se le habían agolpado una docena de personas que querían entrar en el local.

Dentro de la sala estaban proyectando el documental que precedía a la película.

—*Petit chai* —dijo Lambert al acomodador, a modo de contraseña, al tiempo que, disimuladamente, le alargaba dos billetes de a diez francos.

—Síganme —pidió el acomodador.

Nicole siguió a Lambert sin vacilar. Cuando se introducían por detrás de los arcaicos palcos, la joven preguntó en voz baja:

—¿Adónde nos va a llevar, has escogido un buen puesto?

—Seguro, calla y camina.

El acomodador cruzó por una puerta y accionó un conmutador.

Se encendió una luz mortecina, iluminándose un angosto pasillo.

—La quince —dijo a Lambert entregándole una llave—. A la salida cuélguela aquí. —Señaló un tablero de llaves.

—Descuide.

El acomodador desapareció. Nicole, viéndose en el corredor, inquirió:

—¿Qué es esto, dónde estamos?

—Calla y camina, haces muchas preguntas.

—Pero ¿has comprado un palco?

—Algo mejor.

La chica rubia se encogió de hombros. Tenía la sensación de que caminaba por detrás del escenario, donde se hallaba la pantalla que había suplido a éste.

Había varias puertas que debían ser antiguos camerinos. Lambert no se detuvo hasta llegar al quince; allí introdujo la llave en la cerradura y la puerta se abrió.

Tanteó en la pared con la mano y encendió dos bombillas que estaban alrededor del espejo del tocador.

—Esto es un camerino.

—Exacto. Un camerino es mejor que un palco para pasarlo en grande… Fíjate hay una cama, algo estrecha pero servirá.

—¡Lambert!

El hombre cerró la puerta.

—No te hagas la mojigata, éste es el momento.

Nicole miró a su alrededor algo preocupada e inquirió:

—¿Y la película?

—Eso se arregla pronto.

Lambert se acercó al espejo al lado del cual había un dial y junto a éste, un pequeño altavoz. Lo conectó y primero escuchó una música y luego la voz de los intérpretes de la película.

—Podrás contarla de principio a fin, si es que consigues ponerle atención. Es un truquito que empleaban las actrices para estar al corriente de lo que ocurría en escena, pero ahora ya nadie usa estos camerinos, es decir, nadie a excepción de los que, como nosotros, deseamos un poco de aislamiento y tranquilidad. Por unos pocos francos de propina, a los ojos de todos estamos en el cine… Podemos explicar la película porque la oímos por el pequeño altavoz y al mismo tiempo.

Se acercó a la joven, la ciñó por el talle y comenzó a besarla.

—No, no. Lambert, hoy todavía no…

—Gatita…

Comenzó a soltarle los botones del vestido y notó la palpitación de su cuerpo, la palidez de su piel, la redondez de sus senos que el *brassiére* apenas conseguía albergar, pues Nicole no sólo estaba bien dotada, sino que, encima, había recurrido a la cirugía estética. Por ello llamaba la atención por la erectitud y volumen de sus pechos.

La sesión cinematográfica terminó.

Máture, el acomodador, comprobó que la sala cinematográfica estaba ya vacía, no quedaba nadie y comenzaban a apagarse las luces.

Como era su costumbre, se acercó a la puerta que conducía al corredor de los camerinos que habían sido utilizados como tales cuando el cine Tívoli era teatro y que ahora sólo servían para hacerle ganar unas propinas como encubridor de relaciones amorosas.

Miró el cuadro de llaves; estaban todas menos una, faltaba la del quince.

Frunció el ceño. No le agradaban las parejas que, en su exaltación erótica se retrasaban, pues podían crearle problemas.

Observó a lo largo del corredor. La verdad es que nunca le había gustado aquel pasillo. Estaba poco aireado, enmohecido, daba la sensación de que aún podían escucharse las voces que allí habían sonado cuando el cine era teatro, las carcajadas y los llantos que habían tenido lugar en el interior de cada uno de los camerinos, los chantajes y extorsiones, las promesas y las falsedades, las penas de todas aquellas chicas que, ansiando la gloria, habían dejado entre aquellos muros su honra, su dignidad.

El silencio era casi absoluto, pues siempre sonaba como una gota de agua que caía en alguna parte y que resultaba muy difícil averiguar dónde caía.

Había corredores, camerinos, foso y un subsótano que, según se decía, terminaba en las mismísimas cloacas de la ciudad.

Actrices y actores habían aparecido en el escenario bombardeado por las luces de los focos. Todo parecía lleno de vida y de luz y acababa de brotar de aquel submundo de camerinos y fosos que ahora se hallaban solitarios.

Máture llevaba la linterna en su bolsillo y la oprimía casi como si fuera un arma. No sabía por qué, pero, sin tener miedo, sin ser un cobarde, nunca se había sentido tranquilo en aquellos corredores por su soledad, por su abandono, pues no se limpiaban más que lo indispensable y muy de tarde en tarde. Y de ello se cuidaba el propio Máture para poder obtener aquel sobresueldo ofreciendo camerinos íntimos a las parejas que se lo pedían por el espacio de tiempo que duraba la proyección de una película.

Llegó al fin frente a la puerta marcada con el número quince.

Estaba medio abierta y aquella circunstancia le preocupó.

El interior de la estancia estaba a oscuras. Máture sacó su linterna para iluminar el camerino y la garganta se le secó de inmediato y brutalmente.

Palideció y el foco de la linterna osciló por electo del temblor de la mano que la sostenía.

Estaba viendo dos esqueletos repugnantemente mondados. Uno de ellos estaba casi totalmente en la litera y el otro, tenía los huesos más esparcidos. Allí olía mal, muy mal…

El acomodador caminó hacia atrás hasta que acabó corriendo y lanzando alaridos como un poseso.

Su mente, ante lo que acababa de ver, se había desquiciado.

CAPÍTULO II

El comisario Leganié mostró a Geraldine la pulsera de oro con el huevecillo de ámbar colgando.

—¿Lo reconoce?

—Sí, claro, es de mi hermana. Fíjese, es idéntico al que yo llevo, nos lo regaló nuestro padre —explicó nerviosa, alargando su mano para que el comisario comprobara la igualdad de ambas pulseras.

—Sí, no hay duda. Necesitaríamos conocer algunos detalles acerca de su hermana; si se rompió un hueso en alguna ocasión de su vida…

—¿Un hueso roto? Pero ¿qué pasa? Dios mío, comisario, quiero ver a mi hermana.

—También tendrá que decirnos cuál es su dentista.

—Pero ¿por qué, por qué?

—Su hermana Nicole ha muerto, desgraciadamente es lo que creemos. Se lo digo confidencialmente, pero no se lo puedo confirmar de forma oficial hasta haber hecho todas las comprobaciones. Es muy difícil creer en lo ocurrido y en este mundo se preparan muchos trucos raros y a veces estúpidos que tratan de confundir a la ley.

—Si ha muerto, quiero ver su cadáver, lo exijo. Soy su hermana, su única pariente viva.

—No creo que lograra reconocerla.

—¿Por qué? ¿Tan mal ha quedado? —balbució asestada.

—Será preferible que no haga demasiadas preguntas. La investigación se lleva reservadamente.

—Pero quiero saber algo.

—Cuando nosotros lo sepamos, podremos explicárselo. ¿Qué puede decirnos de su acompañante, Lambert?

—Pues, era un joven agradable. Un poco, un poco…

—¿Un poco qué?

—No sé, pero creo que no tenía demasiados escrúpulos.

—Sin embargo, su hermana salía con él.

—Nicole se deslumbraba en seguida con los coches caros, los viajes, en fin, cosas que Lambert le ofrecía, pero Nicole era buena, se lo puedo jurar comisario, se lo juro.

—Nadie discute que su hermana no fuera buena, pero este asunto es mejor llevarlo con poca publicidad.

—¿Por qué?

—Lo siento, no se lo puedo decir ahora.

—Soy su hermana, tengo derecho a saber algo.

—Sí, claro, pero eso será cuando la identificación haya sido completa y satisfactoria. No podemos exponernos a ningún error ni a ser víctimas de una burla macabra. Usted no se puede imaginar a lo que llegan algunas mentes desequilibradas. También existen les que sólo pretenden poner en ridículo a la policía. Debemos andar con pies de plomo. Un agente la acompañará para que usted le proporcione todos los datos precias, incluyendo sus medidas antropométricas y una lista de los hospitales, clínicas y médicos que la hayan visitado, sea por la causa que fuere. Nosotros ya decidiremos qué es lo que puede ser necesario y qué no.

Geraldine, pálida, preguntó:

—¿Tan desfigurada ha quedado?

—Hay muertes muy desagradables. En algunos casos le aseguro que la identificación resulta del todo imposible.

—¿Es que se estrellaron con el coche y han quedado carbonizados?

—Por favor, no haga preguntas hasta que sea oportuno. Si los restos son los de su hermana, se los entregaremos en el ataúd correspondiente y usted podrá decidir entre inhumarlos o incinerarlos, pero en estos momentos son parte fundamental de la investigación para averiguar las causas de su muerte.

—Es que yo…

—Buenos días, señorita, y lo siento.

—Supongo que para usted es una fórmula más decir que lo siente. ¿Cuántas veces lo dice al cabo del día?

Sin esperar respuesta, Geraldine se alejó.

Tras proporcionar todos los datos a la policía, la muchacha se dirigió a la terraza del bar Le Soleil. La plaza que había frente al bar

era grande, empedrada, y los automóviles circulaban de una forma que parecía anárquica; sin embargo, no llegaban a colisionar pese a cruzarse unos por delante de los otros.

—¿Cómo te ha ido todo, Geraldine? —le preguntó Jean Pierre.

—Mal, muy mal —dijo con pesar.

—¿Qué quieres tomar?

—No sé, un té y una aspirina.

—¿Jaqueca?

—Algo… Es horrible esta duda, Jean Pierre, horrible… Bueno, creo que no hay duda de que han muerto.

—¿Los dos?

—Sí.

—¿Cómo?

—No me lo han querido decir, se han mostrado muy herméticos.

—Eso ocurre con frecuencia cuando no desean divulgar detalles que pueden poner sobreaviso al causante de las muertes.

—No entiendo nada, parece que está irreconocible.

—Trataré de averiguar algo, tengo un par de amigos policías.

—Te lo agradecería. De nada ha servido hacer constar que soy la única pariente de Nicole. Dicen que hasta que la identificación sea total y completa no me dejarán ver sus restos.

—Parece absurdo. Tú eres precisamente quien podría reconocerla mejor.

—Según el comisario, no es así; sólo me ha hablado de huesos, de sus dientes… En fin, es como si hubiera quedado muy poco de ella.

—¿Y de Lambert?

—Lo mismo.

—He leído los periódicos y no dicen nada, ni siquiera sabemos dónde ha ocurrido la tragedia.

—Llevan un secreto que parece sospechoso. No es que quiera que la Prensa promueva un escándalo con la muerte de mi hermana, pero si algo hubieran escrito, algo sabría. No sé a quién acudir.

—A un abogado. Los picapleitos saben cómo entenderse con la policía y estás en tu derecho de averiguar lo sucedido a Nicole.

—Tienes razón. ¿Conoces a algún abogado de confianza y que no me deje en la ruina?

—Descuida, ven conmigo. Vamos a mover todos los hilos para que por lo menos la policía sea más explícita contigo.

—Gracias, Jean Fierre, gracias por ayudarme.

El joven le palmeó la mano y poco después abandonaban la terraza del café.

Jean Pierre la acompañó al bufete de un abogado que, de entrada, no inspiraba demasiada confianza.

No tenía pasantes, oficiales, ayudantes ni siquiera un botones eh su oficina; él mismo abría la puerta y atendía al teléfono cuando no estaba su secretaria, una solterona que sólo acudía a la oficina por horas, ya que no la tenía de forma fija. Después de todo, era una de las pocas secretarias que había conseguido aguantar al abogado Coltieu.

El abogado iba en mangas de camisa y usaba los antiestéticos tirantes para sostener unos pantalones que le venían anchos. Además de tener una piel blancorrojiza, poseía una gran melena crespa y blanca que le daba un aspecto de sabio automarginado.

—¿Qué quieren? —gruñó.

—Coltieu, mírame bien.

—¿Para qué? ¡Por todas las ballenas del océano, si es el pequeño Jean Pierre!

Le abrazó efusivamente, lo que tranquilizó algo a Geraldine, que al primer golpe de vista había pensado que aquel hombre no estaba muy cuerdo.

—Soy muy interesado y vengo a que ayudes a una amiga mía.

—Granuja… ¿Sigues con esa manía de lanzarte de los aviones? Recuerdo que de pequeño te dedicabas a saltar por las ventanas hasta que te partiste una pierna, pero tú dale y dale —Miró a Geraldine y opinó—: Es muy bonita. ¿Tu última conquista? Porque a ti se te dan las mujeres como las pulgas a un *clochard*.

Geraldine carraspeó y también lo hizo Jean Pierre, antes de explicar:

—Geraldine, bueno, su hermana desapareció ayer con un amigo.

—Uy, eso es lo más corriente del mundo. Aparecerán esta tarde o mañana, depende de lo que él resista. Si es tan linda como tú. Geraldine, puede que aguante unos días más.

—Por favor, Coltieu, no es ninguna broma. Se supone que Nicole, la hermana y su amigo, han muerto. La policía está

haciendo averiguaciones.

—Vamos, vamos, pasad, no me como a nadie, sólo los impuestos me comen a mí…

Se hizo a un lado y entraron en un despacho lleno de archivos, libros y legajos. Parecía reinar una gran confusión, dentro de la cual Coltieu se movía como pez en el agua.

—La policía está investigando la identificación de unos restos humanos que se supone pertenecen a la hermana de mi amiga.

—¿Y cómo saben que son de tu hermana. Geraldine? —preguntó de una forma abierta.

—Han encontrado su pulsera y su bolso con la documentación.

—¿Dónde?

—No han querido decírmelo.

—Hum, esos policías siempre tan herméticos; sólo van a la Prensa para explicar glorias y triunfos, porque cuando hay problemas… ¿dices que la identificación no es total y perfecta?

—Según el comisario, no.

—¿Tú la has visto?

—No me han dejado —dijo Geraldine con sinceridad.

—Esté bien, firma aquí.

Le entregó varios impresos.

—¿Para qué?

—Le prevengo que vivo de un salario como colaboradora…

—Así me convertiré en tu abogado.

—Es por la cantidad simbólica de un franco. Cuando el asunto quede esclarecido ya hablaremos. Siendo la amiguita de Jean Pierre me portaré bien, no quiero que me deje la cara llena de cardenales.

—Puedes firmar tranquila. Coltieu debe presentarse a la policía como representante y abogado tuyo, de lo contrario no le harían maldito el caso. Ya le tienen manía porque siempre anda revolviéndoles los archivos.

Geraldine, pese al extraño aspecto del magro y huesudo personaje que semejaba carecer de carne y que por contra poseía una gran melena blanca, revuelta y esponjada, decidió confiarse y firmó.

—Ya os llamaré para informaros de lo que averigüe, seguro que se pondrá todo en claro y si hay culpable le sacaremos hasta las entrañas.

Geraldine quiso protestar y decir que no quería dinero a costa de la desgracia de su hermana, mas ya era tarde para hablar. Jean Pierre se había colocado tras ella y se cerraba la puerta del vetusto ascensor que, ruidosamente, comenzó a descender por el foso de la escalera.

—¿Qué te parece si vamos un rato al cine?

—¿Al cine? —repitió Geraldine, sorprendida.

—Quizá sería lo mejor, una buena película te quitaría preocupaciones de la cabeza. Ahora, nada puedes hacer hasta que la policía o el abogado Coltieu te avisen; un rato en el cine no te iría mal.

—No sé, no estoy de humor —suspiró—. ¿Y si Nicole no estuviera muerta?

—Pronto lo sabremos. ¿Qué te parece si vamos a ver la misma película que fueron a ver Nicole y Lambert antes de que desaparecieran?

—Si insistes.

Geraldine se encogió ligeramente de hombros dejándose llevar. Había recibido un golpe muy duro con la desaparición de su hermana.

—¿Está lejos el cine Tívoli?

—En mi coche llegaremos pronto.

Ya en la calle, subieron a bordo del Citroën GS X2 de Jean Pierre y rodaron rápidos por el asfalto de la gran ciudad.

Al detenerse en la zona de aparcamiento, Geraldine se quedó con la mirada fija.

—¿Qué te ocurre?

—Jean Pierre, aquel coche verde-metalizado es el de Lambert.

Señaló a un automóvil detenido en el mismo aparcamiento, algo separado de ellos.

—Es cierto, lo parece —admitió Jean Pierre.

Apeándose, se acercó al coche en cuestión y leyó su identificación. Volvió junto a Geraldine, que ya se había apeado del «Citroën».

—Es cierto, es el automóvil de Lambert.

—Luego, no han muerto en accidente de automóvil. ¡Qué raro! Me había dado la impresión de que habían quedado irreconocibles en un desgraciado accidente de automóvil y, sin embargo, el coche

está aquí, intacto.

—Se lo comunicaremos al abogado Coltieu. Ahora, vamos al cine.

—Sí. ¿Dónde los habrán encontrado, por qué tanto silencio?

Anduvieron hasta el cine. Encontraron la taquilla cerrada y a un policía montando guardia frente a la puerta.

—¿Qué sucede, agente, por qué no hay sesión de cine esta tarde?

—No lo sé exactamente —respondió el gendarme—. Creo que están de inspección en el local. Ya saben, los espectáculos públicos deben ofrecer las máximas garantías. Quizá es algo relativo al sistema contra incendios.

—¿No se tratará de otra cosa, agente? —preguntó Jean Pierre intencionado.

—¿Otra cosa? No le entiendo, *monsieur*.

—¿No será que aquí dentro ocurrió algo respecto a una pareja de espectadores?

—Lo siento, *monsieur*, no puedo dar información. Circulen por favor, circulen…

—Eh, Jean Pierre, mira… —exclamó Geraldine.

—¿Qué?

—El niño.

—¿Qué niño?

Jean Pierre volvió la cabeza hacia el aparcamiento.

—El chico al que ayer le compraste los bocadillos, es el mismo.

—Es cierto, ¿dónde habrá dormido?

El policía se había puesto hosco, dando un par de pasos hacia el interior del vestíbulo del cine.

—Es curioso que lo viéramos ayer, antes de despedirnos de Nicole y Lambert, y ahora volvamos a verlo cerca de su coche.

—No serás supersticiosa, ¿verdad? ¿Qué puede hacer un niño como ése?

—No sé, me da mucha pena, pero al mismo tiempo hay algo en él que me inspira temor.

—¿Temor? Vamos, vamos, Geraldine, estás muy influenciada por lo ocurrido y ahora crees que todo tiene alguna relación con la desaparición de Nicole. ¿Qué te parece si vamos a pasear junto al río? Hay lugares muy agradables.

—¿Sabrá la policía que el coche de Lambert está aquí?

—Seguro que lo saben, si no ya se lo diré yo mismo luego por teléfono. No quieras dedicarte a indagar tú ahora, cariño, deja que lo haga la policía. Ellos tienen más hombres y más medios… Verás cómo este asunto se aclara pronto.

CAPÍTULO III

El abogado Coltieu caminaba de forma que semejaba ir a romperse de un instante a otro, a desprenderse sus huesos. Junto a él iba el comisario Leganié y tras ellos, Geraldine y Jean Pierre.

Los cuatro avanzaban por un largo corredor embaldosado en blanco y las líneas verticales y horizontales de unión entre las baldosas, destacaban intensamente negras.

Unas lámparas protegidas con rejillas se hallaban pegadas al techo que no era recto sino curvo. Aquel corredor tenía mucho de mausoleo subterráneo, de túnel de hospital antiguo por donde circulaban camillas cargadas con seres agonizantes que ya no volverían a ver la luz del día.

Sus restos mortales terminarían en una sala de disección y allí serían seccionados meticulosamente por un afilado escalpelo que les extirparía las entrañas, mientras ojos ávidos examinarían escrupulosamente cuanto quedaba visible, brotando del interior de un hombre que fue. Pero siempre habría ojos que mal podrían disimular su sadismo y morbosidad.

Un policía de uniforme y un hombre con pantalones y chaquetilla de color verde, propio de los internos que allí trabajaban, se hicieron a un lado.

Se abrió una doble puerta blanca con mirillas de cristal y quedaron dentro de una sala no muy grande que olía a fenol, fórmico y otros desinfectantes.

Allí había vitrinas de cristal y acero inoxidable y otras de hierro normal pintadas de blanco. Había varios grifos y alguno de ellos goteaba en alguna parte.

Dos personas más estaban allí dentro y nadie se cubría el rostro, no hacía falta. No había peligro de infectar a nadie con los virus que enfermeras y médicos expulsaban por boca o nariz.

Uno de éstos era mujer, y guapa, pero tenía la mirada y el rostro

algo endurecido.

A la velocidad del relámpago, Jean Pierre pensó que hacer el amor con ella resultaría demasiado frío y poco agradable. Sus manos debían haber manoseado demasiados cadáveres, extraído vísceras y tienen que conocer los más íntimos secretos de un cuerpo humano, y pensar eso mientras se hacía el amor, no producía placer.

Dos camillas altas, de grandes ruedas, estaban bajo sendos focos. No se notaba el bulto de cuerpos humanos, sino de cajas mortuorias que bajo el manto blanco que las cubría no parecían muy grandes.

Eran cajas anatómicas, más estrechas hacia los pies y más anchas a la altura que correspondía a los hombros. Luego, casi se redondeaban por encima de la cabeza.

El comisario Leganié interpeló a la mujer vestida de blanco, pues el hombre que allí estaba vestía de verde, lo mismo que el que permanecía junto a la puerta, al lado del agente de uniforme.

—¿Cuál es ella?

La mujer médico señaló con su índice una de las camillas. Miró a Geraldine, y con un tono de voz proporcional a la frialdad y dureza de sus facciones, pese a ser hermosas, dijo:

—Es preferible que no la vea. Después de todo, nada podrá reconocer.

—Es su derecho como hermana de la víctima y única pariente —puntualizó el abogado Coltieu.

—De todos modos, sabemos que la identificación es exacta —dijo el comisario Leganié—. Gracias a la dentadura, ha sido posible dejar a un lado todo error.

—Si ha de hacerse cargo de los restos, debe verlos, a menos que se niegue —insistió el viejo Coltieu.

—Tiene usted un abogado de presa, señorita Geraldine, con los colmillos curvos hacia dentro. Cuando muerde una presa no la suelta y eso no es bueno del todo, porque hay presas que luego no son digestibles y se las tiene que tragar uno lo mismo, aunque le hagan daño.

Jean Pierre, intuyéndolo todo muy desagradable, sugirió:

—Puedes aceptar sus restos y no verla.

Geraldine se armó de valor y adelantándose dijo:

—Prefiero verla.

La médico se acercó a la camilla que sostenía el ataúd. Tomó el sudario que lo cubría y lo levantó a la altura de la cabeza, dejándola al descubierto.

La sangre semejó abandonar el cuerpo de Geraldine.

Su piel quedó blanca, hasta los labios perdieron el color ante lo que veía. No podía dar crédito y, sin embargo, lo estaba viendo con sus propios ojos.

Quiso ser fuerte y sintió que su cuerpo no pesaba nada sobre el frío enlosado de la sala de autopsias. Sin embargo, paradójicamente, lo notó también pesadísimo, pues fue casi incapaz de mover uno solo de sus pies.

La médico seguía sosteniendo la punta del sudario cuando Geraldine soltó un grito desgarrador, expresión sonora de lo que sentía y que no conseguía explicar.

Por encima de ella, Jean Pierre pudo ver lo que había dentro del ataúd: Huesos, un esqueleto pulido donde no quedaba carne, tendones ni nervios, nada, sólo huesos y el cabello rubio manchado de sangre.

Una calavera horrible que en nada recordaba a la belleza que había sido Nicole en vida. Era una visión horrenda. Resultaba inconcebible como un ser humano, en el plazo de pocas horas, podía haber pasado de una vitalidad exultante, repleta de belleza a aquello, porque lo que yacía dentro del ataúd sólo se podía llamar «aquello».

Geraldine se había vuelto, refugiando su rostro contra el pecho de Jean Pierre que la había protegido, abrazándola.

La mujer médico, como deseando remachar la situación, explicó con breves palabras, que nadie tuvo tiempo de silenciar:

—El hombre está exactamente igual.

—Ya le he dicho que era preferible que no la viera —observó el comisario Leganié con un suspiro.

—¿Cómo ha podido pasar esto, comisario? —preguntó Jean Pierre.

—Vengan, les contaré lo que sabemos.

Los restos óseos fueron cubiertos de nuevo por el sudario blanco.

El comisario, el abogado, Geraldine y Jean Pierre, salieron de aquella sala que a Geraldine le producía náuseas.

Jamás podría olvidar lo que acababa de ver; le sería muy difícil,

casi imposible, recordar a su hermana tal como fuera en vida: hermosa, alegre, un tanto ambiciosa, había que reconocerlo. No, sólo podría recordarla con la calavera de huesos mondados, con su cabello rubio ensangrentado, mitad arrancado, mitad colgando del cráneo.

En una sala de espera fría e inhóspita, con bancos de listones de madera pintados de blanco, el comisario Leganié explicó:

—Lambert y Nicole estaban en un camerino del cine Tívoli.

—¿En un camerino? ¿No es eso un poco raro, tratándose de un cine? —objetó Jean Pierre que sujetaba a Geraldine por el hombro; ella agradecía aquella especie de protección.

—Máture, el jefe de acomodadores, utilizaba los camerinos como habitáculos para citas amorosas clandestinas. Cualquiera puede ir a un hotel y pasar allí el tiempo que desee, pero siempre resulta algo embarazoso, en cambio, si una pareja entra en un cine, nadie recela de ellos. Pueden ser amigos e incluso estar casados con distintas personas respectivamente, nadie sospecha, pues a lo sumo pueden hacer un poco de manitas, sin embargo, el acomodador, que era un zorro, vio posibilidades en los camerinos vacíos de un teatro que ya no era tal sino un cine, y en un cine, ¿quién va a utilizar unos camerinos que servían para los actores y actrices? Nadie. ¿Por qué no alquilarlos por unos francos? En el plazo de una sesión de cine, en amor se pueden hacer muchas cosas.

—¿Y Nicole…?

—Sí, señorita, así es. Quizá quería casarse con Lambert y practicaba relaciones prematrimoniales, pero de una forma clandestina. Hay quien no se preocupa lo más mínimo de ocultarlo e incluso lo pregona en las revistas. Yo, en ese tema, no entro ni salgo, no es delito, aunque sí constituía un delito rentar esos camerinos clandestinamente, sin notificarlo a la policía. Tampoco lo sabía el propietario del local.

—¿Y qué explicación ha dado el hombre que realizaba ese sucio negocio? —preguntó Geraldine conteniendo sus lágrimas.

—Nada, no ha dicho nada, está en el psiquiátrico. Ha perdido la razón y no recuerda nada. Ignoramos por ahora si su locura será transitoria o definitiva. De todas maneras, poco podría añadir a lo que ya sabemos.

—¿Y qué es lo que saben? —preguntó Jean Pierre.

—Pues, que fueron sorprendidos en el camerino mientras se amaban. Las ropas estaban sobre una butaca, como si no hubieran querido que se mancharan con el polvo del suelo. Sin embargo, la butaca estaba caída y las ropas manchadas de sangre.

—Entonces, hubo lucha —dijo Jean Pierre.

El comisario asintió con la cabeza.

—Hubo lucha en defensa: no obstante, hay algunos problemas todavía no resueltos del todo.

—¿Quién les atacó? —preguntó Geraldine con energía, casi con rabia.

—Las ratas —fue la respuesta, tan contundente como lacónica, del comisario Leganié.

Jean Pierre gruñó:

—¿Las ratas?

—Sí. Los técnicos han demostrado que los atacantes han sido ratas, terriblemente voraces. Han quedado huellas de sus patas en lugares donde había polvo, también algunos excrementos que no ofrecen lugar a dudas y, por último, el análisis de los restos óseos, presentan las marcas de los dientes de esas bestias de forma inequívoca. Esas alimañas sufren un enorme crecimiento de sus dientes, tienen necesidad de roer todo lo que encuentran para desgastarlos; de lo contrario, sus dientes crecerían tanto que acabarían matándolas a ellas mismas. En fin, son problemas de zoología y no de la policía; el caso es que, trágicamente, la pareja se vio sorprendida en el solitario camerino por un número indeterminado de ratas pero que debió ser terrible, pues el ataque fue fulminante y arrollador. En pocos minutos realizaron una tarea semejante a la de las pirañas de la Amazonia; luego, desaparecieron.

—Eso es horrible, comisario. ¿Fueron asaltados por las ratas y devorados?

—Así es, señorita.

Lo malo —observó el abogado Coltieu— es que como no estaban donde les correspondía por las entradas adquiridas, el seguro de desastres que tiene el cinema no les alcanza.

—Lo único que puedo decirles es que todas las dependencias del cine se están desratizando. Los propietarios del local nos han rogado encarecidamente que no se haga publicidad de lo ocurrido,

ya que sería su ruina. Después de todo, Nicole y Lambert no se hallaban ocupando las butacas que correspondían, sino que estaban en un lugar prohibido para el público.

—Supongo que, de forma particular, el propietario del cine Tívoli estará dispuesto a indemnizar a la señorita Geraldine.

—No, abogado Coltieu, no quiero nada, nada, sólo quiero alejarme de aquí.

—Como usted decida, pero podría sacar unos buenos francos. El local carecía de las medidas higiénicas exigidas —objetó el abogado.

—Insisto en que no quiero nada.

El comisario agradeció con una mirada la decisión de la muchacha, ya que la proposición del abogado era de verdadero buitre.

—Tendrá que firmar unos documentos y hacerse cargo de los restos.

—Sí, sí, claro.

—¿Piensa inhumarlos o incinerarlos?

—Creo que será mejor incinerarlos y arrojar sus cenizas a lo largo del río en un paseo en barca. Recuerdo que Nicole dijo en una ocasión que eso le parecía muy romántico.

—Como guste —aceptó el comisario Leganié.

—Un momento, comisario… —le interpeló Jean Pierre.

—¿Sí?

—Usted ha dicho que había algo extraño que no encajaba del todo. ¿A qué ha querido referirse?

—Ah, sí. Pues, que las parejas suelen encerrarse con llave en los camerinos y, al parecer, Lambert abrió la puerta y nos preguntamos, ¿a quién?

—Quizá abrió porque ya iban a salir del camerino —opinó Geraldine, ya más repuesta.

—No es posible.

—¿Por qué, comisario?

—Porque no estaban vestidos. Lo lógico es que se hubieran vestido antes de decidirse a abrir la puerta y abandonar el camerino.

Geraldine insistió:

—¿Y cómo sabe que no estaban vestidos?

—Porque las ropas estaban sucias de sangre que las salpicó ya que el ataque fue tan rápido como brutal. Nicole no tuvo ni tiempo de escapar del catre. Si hubiesen estado vestidos los roedores habrían destrozado sus ropas al morderlas, en cambio, las ropas no aparecen roídas, lo que indica que estaban fuera de sus víctimas. Lambert abrió la puerta a alguien, pero ¿a quién?

CAPÍTULO IV

—¡Michel, Michel! —gritaba la mujer gitana, alejándose del campamento ribera abajo—. ¡Michel!

Caía la tarde, comenzaba a hacer frío y se presentía una niebla que al paso de las horas, quizá de los minutos, se haría intensa. Siempre ocurría lo mismo en los días fríos junto al río ancho y oscuro.

No muy lejos de donde estaba llamando a gritos la mujer gitana, que hacía una jerga con la lengua caló y el idioma de Moliere estaba la boca de salida de un colector ya en desuso, una salida de gran cloaca que antiguamente vertía los detritos de la ciudad en el mismísimo río.

En la actualidad, se habían construido plantas depuradoras unos kilómetros más abajo, cerca del mar; si bien no dejaban el agua potable, por lo menos la depuraban hasta el punto de poder verterla en el mar sin peligro para la ecología marina.

Los detritos sólidos, filtrados, eran retirados en grandes *conteiners* y llevados a otros lugares para hacerlos desaparecer mediante diversos sistemas; sin embargo, allí estaba la gran abertura y adentrándose por ella, tras caminar durante horas, se llegaba a las entrañas de la gran ciudad, perdiéndose en el laberinto de aquel submundo bajo el asfalto metropolitano.

Aquella salida seguía abierta, aunque por ella no aparecían aguas negras para que en un momento dado pudiese servir de desaguadero en el caso de lluvias torrenciales que podían llenar a tope todo el sistema de colectores haciendo saltar las tapas metálicas e inundando las calles.

Por la salida de la gran cloaca podría entrar un camión sin problemas y pese a haber sido cegada con granito en bloques y hormigón para no ser atendida, pues debía considerarse prácticamente indestructible, en su entorno habían crecido matas

espinosas. Salvo que se conociera su existencia, desde lejos no podía verse, a menos que uno fuera a ras del río. Incluso, cuando el nivel de éste subía por los deshielos primaverales, el agua llegaba a penetrar por la gran boca de las tripas de la ciudad y no se podía pasar por aquel lugar.

—¡Michel, Michel! —seguía gritando la mujer.

De pronto, se subió a una piedra y descubrió al niño. Quedó quieta, como debió quedar la mujer de Lot al mirar hacia atrás mientras la ciudad ardía por el fuego divino y castigador.

Jamás había visto nada similar en su vida trashumante, jamás nada tan terrorífico había conseguido helar la sangre en sus venas.

En tomo a las llamas de la fogata, en los campamentos nocturnos, había escuchado historias de los hombres-lobo, de la ferocidad de sus terribles colmillos.

Había oído leyendas de vampiros cuando cruzaban fronteras y se acercaban a Serbia; también conocía historias de aparecidos, de mal de ojo, de brujas malignas y de los nibelungos escandinavos, había oído infinidad de relatos que la hablan sobrecogido de miedo e incluso, dentro de la tribu, tenían a *madame* Vermes, a la que todos, de una forma ordenada, daban de comer o monedas para que nada le faltara, porque la temían y a la vez la consultaban.

Ella les libraba de muchos males gracias a sus conocimientos de artes mágicas y ocultas, de hierbas cuya naturaleza se guardaba mucho de revelar.

Madame Vermes era ladrona, insidiosa y se reía de una forma estremecedora, especialmente por las noches, a solas dentro de su carromato cuando los demás dormían y hasta los caballos relinchaban inquietos.

Pero, había alguien del que *madame* Vermes no se reía, y de ello se habían dado cuenta algunos miembros de la tribu, pero se callaban. La hechicera gitana no se reía del pequeño Michel; siempre lo había mirado con recelo y luego, poco a poco, había rehuido su presencia.

Era como si *madame* Vermes se hubiera percatado de las singularidades que poseía el pequeño y en las que la mayor parte de los miembros de la tribu no reparaban.

Michel no era igual a los otros niños. No jugaba nunca con ellos y si alguno se había metido con él o incluso llegado a pegarle, antes

de tres días, el niño en cuestión sufría una desgracia. Aparecía ahogado en el río, se despeñaba por un barranco o era destrozado por las alimañas.

La propia *madame* Vermes había recomendado a las madres de los demás niños de la tribu que éstos no molestaran a Michel porque Michel tenía de su parte al mismísimo Lucifer.

Los demás no habían creído tales palabras y habían preferido suponer que la hechicera había tomado al extraño e introvertido Michel bajo su protección. Los otros chicos, con algo de temor por la leyenda que se tejía en torno a la persona delgada y casi siempre muda de Michel, habían terminado dejándolo en paz, prescindiendo de él, ya que el propio Michel no iba tras ellos, no los molestaba en absoluto.

Michel se hallaba sentado sobre una piedra, cerca del agua y a pocos metros de la entrada del gran sumidero ya en desuso.

Tendía su mano, ofreciendo la mitad de lo que estaba comiendo a una rata que permanecía tranquila junto a él. Pero no era una rata vulgar, era pavorosamente grande. Pesaría más de setenta kilos y tendría el volumen de un gran perro danés.

Era una rata espeluznante y quizá lo más singular de ella fueran sus ojos, de mirada extrañamente inteligente, más propia de un ser humano que de un animal.

—¡Micheeeel…! —gritó la gitana, más por desahogar el terror que sentía que por llamar al niño. El pánico la había invadido al descubrir a aquel roedor gigante, capaz de atacar a una persona y terminar con ella en unos segundos.

Michel se volvió hacia la gitana que le interpelaba.

Aquella mujer no era su madre; su madre había muerto de parto al nacer él y su padre, en una reyerta, meses antes del natalicio, había quedado cosido a navajazos. Aquella gitana era pariente de Michel, se ocupaba de él y le exigía todo lo que podía.

El gran roedor se inquietó al ser descubierto y se apartó.

La mujer tuvo el valor suficiente para tomar una piedra con su mano y arrojarla contra la enorme rata, acertándole en el cuerpo. Resultaba casi ridículo pensar que aquella piedra pudiera hacer un daño serio al animal, pero éste desapareció corriendo por la cloaca mientras el niño la veía alejarse.

—¡Corre, Michel! ¡Podía haberte comido vivo! —le gritó la

mujer en su extraña jerga, mezcla de varias lenguas.

—Se ha ido —dijo lacónico el niño.

La gitana cogió a Michel por el brazo y desahogó su rabia golpeándole en la cabeza.

—¡Así aprenderás a no marcharte, te castigaré, ya verás lo que te hará Antoine cuando te atrape, ya lo verás!

La mujer siguió golpeándole con los nudillos en la cabeza.

El niño no se defendía, encajaba los golpes sin soltar una sola lágrima; nadie le había visto llorar jamás.

Lo que no vio la gitana fue que la enorme rata volvía a aparecer por la boca de la cloaca y les observaba con sus ojos extrañamente inteligentes.

Desde su escondite veía como la mujer golpeaba al niño que no se defendía, aquel niño que le había estado dando la mitad de su propia comida y que siempre que tenía algo que comer lo compartía con ella.

La gitana llevó a Michel al centro del campamento. Allí estaban los viejos automóviles, las *roulottes* y un par de carretas con llantas de goma. Los coches hablan suplido a las viejas carretas, no en vano podían trasladarse de un lugar a otro con mayor rapidez.

—¡Antoine, Antoine! —gritaba la mujer llamando a su marido.

El miedo, más que otro sentimiento, la impulsaba a gritar, llamando la atención de todos.

—¿Qué sucede? —rezongó un hombre que estaba parcheando un neumático. Tenía el vientre abultado y rostro cetrino, con un pendiente colgándole de la oreja.

—¡Antoine, Michel se ha escapado otra vez y le he visto con las ratas, estaba con una rata enorme, una rata gigante…!

Madame Vermes, que estaba cerca y que era propietaria de una de las carretas con llantas de goma, pues ella no utilizaba vehículo a motor, preguntó:

—¿Una rata gigante, has dicho?

—¡Sí, una rata más grande que el propio Antoine!

Madame Vermes escrutó el cielo que se había tornado gris oscuro y que la niebla cada vez dejaba ver menos. Parecía buscar la luna o las estrellas para que le dijeran algo, para que le dieran una explicación. Siempre mirando el cielo, como si soltara un oráculo, musitó:

—Era Satanás, Satanás, que es amigo de Michel o quizá Satanás fue su padre…

—Yo arreglaré esto, a mí no me la pega con demonios ni *carallos* —gruñó Antoine, también mezclando varias lenguas, aunque se le entendía perfectamente.

Se quitó el cinto, en el que aparecían remachadas varias monedas ya en desuso, y, doblándolo, se acercó a Michel, que le miró asustado, retrocediendo.

—¡No lo toques, Antoine! ¡Tiene la protección de Satanás y de todos los demonios del infierno! —insistió *madame* Vermes con sincero temor.

—A mí no me asusta ningún demonio. Ahora verá este crío lo que es una correa.

—¡No, Antoine, déjalo, déjalo! —chilló la hechicera.

Antoine, un hombre ya con mucha vida sobre sus huesos, hizo caso omiso de la vieja y dobló la espalda de Michel con su correa remachada con monedas.

El niño se fue encorvando, brotando la sangre de su piel abierta. No dijo nada, no lloró hasta que la propia gitana detuvo la mano de su marido.

—¡Basta, Antoine, lo vas a matar!

—A veces pienso que sería mejor que se muriera, nada vamos a sacar de él. Este niño no es como los otros.

—¡Antoine, has sido un estúpido, sí, un estúpido! —le increpó la hechicera, encarándose con él abiertamente, sin temor a la correa que el hombre aún sostenía en su mano.

—Anda, vieja bruja, déjame en paz. Cuando tenga cólicos ya te pediré una pócima, aunque no estoy seguro de bebérmela, a lo peor me envenenas.

—Michel no es como los demás, tú lo has dicho. Satanás le protege y ahora, su venganza caerá sobre ti y tus descendientes, estáis malditos.

—Si me echas mal de ojo, te meto en una hoguera, te cuelgo de un árbol o te ato una piedra al cuello y te arrojo al río para que se te coman los peces —amenazó a Antoine desafiando a *madame* Vermes mientras la niebla les envolvía.

Cada vez era más y más espesa, más y más asfixiante haciendo la oscuridad en su entorno.

Nadie decía nada. Sobre el campamento había caído como un maleficio y nadie quería aludir a él.

Todos deseaban que *madame* Vermes dijera algo para conjurarlo y al mismo tiempo ansiaban que Michel desapareciera; no volver a verlo jamás.

Había quien pensaba que lo mejor sería echar al niño al río, perdiéndolo así de vista para siempre. No era uno de ellos, era distinto. Físicamente era uno más, pero…

Silenciosa, furtiva, *madame* Vermes, con su sexto sentido que le hacía presentir las tragedias, los grandes males, enganchó la mula a su carreta de ruedas de goma.

Despacio, como deseando no ser vista, se alejó sigilosamente. Era como una araña que abandona una casa poco antes de que se produzca un terremoto mientras los hombres hacen su vida normal, sin enterarse de lo que les va a acontecer.

Notó una presencia extraña a su alrededor. Estaba segura de que muchos pares de ojos trataban de observarla, pero ella no los veía. Era como si sus ojos humanos estuvieran menos capacitados para ver en la oscuridad a través de la niebla que la envolvía, engulléndola.

Se escucharon chillidos y notó que las ruedas de goma posaban sobre algo blando que cedía bajo el peso de la carreta. La mula se asustó y aceleró el paso, tropezando con matorrales, haciendo salir en parte la carreta del camino.

Aplastaba cuerpos mudos que reventaban, saltando sus entrañas, salpicando la tierra con sangre negruzca que la vieja hechicera gitana no veía pero sí presentía.

Sabía que estaba cruzando un cerco de seres endemoniados.

—¡Fuera, fuera, hijas del diablo, fuera! —gritó.

Empuñó unos zorros con tiras de cuero con los que hacía saltar a las alimañas de su carreta cuando quería limpiarla.

Las ratas trepaban al carro por todas partes y la mula corría, alejándose de aquel lugar, aplastándolas, mientras la vieja seguía gritando.

—¡Fuera, hijas de Satán, fuera, fuera!

Las golpeaba furiosa, pero saltaron sobre su cuerpo y sintió las feroces mordeduras. Mas, no estaba dispuesta a dejarse vencer y se las arrancó agarrándolas con las manos incluso.

Perdió el control de la carreta que rodaba alocadamente, a punto de volcar.

La mula corría a su libre albedrío, aterrorizada, sintiendo también ella la mordedura de los roedores.

Madame Vermes rompió una garrafa de cristal y, de inmediato, se desparramó por la carreta un líquido amoniacal muy fuerte que hizo saltar a las bestias que, chillando, huyeron mientras la carreta se alejaba en medio de la niebla, que no dejaba ver nada.

Atrás, el campamento gitano había quedado ya cercado por un ejército de millares de roedores que no dejaban escapatoria alguna.

No había fisura posible por donde poder huir y nadie se había percatado de nada.

Para los miembros de la tribu, aquélla era una noche más en sus vidas, pero la realidad sería muy distinta, una realidad terriblemente trágica y macabra.

CAPÍTULO V

Jean Pierre conducía su «Citroën» GS X2 a una respetable velocidad; sin embargo, controlaba perfectamente todas las señales de tráfico. Tenía prisa.

A su lado viajaba Geraldine y en el asiento posterior, el abogado Coltieu que trataba de leer un libro viejo y raído, quizá una edición príncipe, muy valiosa.

De cuando en cuando, gruñía algo entre dientes que no resultaba inteligible para la pareja que viajaba en los asientos delanteros.

—Jean Pierre, no sé si seré suficientemente valiente.

—No es preciso que veas nada. Después de todo, es posible que no nos dejen acercar a la zona afectada.

Salieron del cinturón periférico y pasaron a una carretera regional. Después, a una pista forestal por la que avanzaron dando tumbos, pero el sistema de suspensión del «Citroën» respondía bien el terreno accidentado.

De pronto, se encontraron con un furgón de la policía que les cortaba el paso. Había extendido también una valla que prohibía continuar.

—Buenas tardes —saludó el comandante de puesto, acercándose a la ventanilla del turismo.

—Hola, agente.

—No se puede pasar, tendrán que dar la vuelta. El área está cerrada.

Jean Pierre sacó su documentación y el agente la leyó. Sonrió amable y después dijo:

—Teniente, este asunto, que yo sepa, todavía no está bajo la jurisdicción militar.

—El comisario Leganié sabe que vamos al lugar de los hechos.

—¿El comisario Leganié? —repitió dubitativo, casi escéptico el oficial de policía.

—Por favor, comuníquese con él y dígale que está aquí Geraldine Brive, la hermana de Nicole Brive, Jean Pierre, que soy yo, y el abogado Coltieu.

—Un momento.

Se dirigió al furgón y llamó por radio. Al poco, recibía una respuesta y ordenaba algo a los agentes, que se apresuraron a quitar la valla.

El oficial se acercó de nuevo a Jean Pierre e indicó:

—Sigan por el camino sin desviarse. Al final, cerca del río, encontrarán al comisario Leganié.

—Gracias, oficial.

Continuaron rodando mientras el camino volvía a ser cerrado.

Se había prohibido el paso incluso a los periodistas y a la televisión; sin embargo, la policía estaba segura de que con teleobjetivos, y a grandes distancias, filmarían cuanto pudieran de las macabras imágenes del campamento de gitanos para pasarlas luego por los noticieros de todas las televisiones del mundo.

Jean Pierre detuvo su automóvil junto a los vehículos de la policía, bomberos y servicios de higiene y sanidad.

Había un conglomerado de vehículos de distintos servicios y los oficiales hablaban entre sí y se comunicaban con sus respectivas superioridades para saber cuáles debían ser las medidas a adoptar.

El comisario Leganié, alertado por la comunicación radial, fue a recibirles.

—Será mejor que usted, Geraldine, no vea nada —recomendó.

—¿Ha ocurrido lo mismo que con mi hermana?

—Sí, pero en esta ocasión han sido cuarenta y siete personas en total, un campamento de gitanos trashumantes.

—¿Ratas? —preguntó Jean Pierre.

—Sí.

—¿Qué cree que va a decir la Prensa de todo esto comisario?

—¡Hola, abogado! Seguro que dicen pestes contra sanidad e higiene, pero eso no es nada nuevo, estamos acostumbrados. El pueblo cree que podemos solucionarlo todo, hasta una epidemia de gripe.

—Esto no es una simple gripe, comisario —objetó Jean Pierre.

—Sí, hay que admitir que no es una epidemia de gripe… —Suspiró—. Es una plaga de ratas muy voraces y agresivas. Han

venido ecólogos y tecnólogos para estudiar el problema. La verdad es que a pesar de ser tan trágico, lo que ha sucedido no es de extrañar. Habían acampado cerca de la desembocadura de esa gran cloaca que ya no se utiliza y por ese túnel, en un momento dado, pueden salir ratas a millares. Podían estar hambrientas y han atacado todo lo que han encontrado. Esa clase de alimañas que viven bajo nuestros pies, que conviven con los humanos separándonos sólo el asfalto de las calles, tiene problemas de alimentación con tanto detergente que pasa a los colectores y aceites de automóviles.

—¿No le parece a usted que este tipo de plaga de roedores es un poco extraña? —inquirió el abogado Coltieu, que mantenía su viejo libro cerrado entre las manos.

—Me han notificado que, a lo largo de la historia y en diversas ciudades, ha habido casos semejantes, al producirse una excesiva acumulación de roedores. Su capacidad de procreación es muy alta y se multiplican a sí mismas en una proporción escalofriante. Normalmente, las lluvias torrenciales destruyen sus nidales; luego, también tienen plagas. La Naturaleza trata de mantener cierto equilibrio en la comunidad de ratas; no obstante, hay momentos, recogidos en la historia, en que estas alimañas se multiplican sin sucumbir, rompen el equilibrio ecológico y se ha comprobado en los laboratorios que cuando eso ocurre, cuando cada roedor no posee el espacio vital imprescindible, se tornan sumamente agresivos e incluso se devoran entre sí.

—En este caso no se devoran entre sí, sino que devoran a los seres humanos, a sus seculares compañeros. Esas ratas forman con nosotros una especie de simbiosis; ellas comen todo lo que nosotros abandonamos. Se puede decir que donde hay un hombre, por lo menos hay una rata, aunque éste no sea capaz de descubrirla.

—¿Qué le sucede, abogado Coltieu, también se ha vuelto ecólogo? —rezongó el policía con cierta sorna.

El abogado Coltieu mostró el libro y dijo:

—Me he venido informando sobre hechos similares ocurridos a lo largo de la historia. ¿Sabía, comisario, que en ocasiones aparecen especies roedores que son, digamos, superratas?

—No se le ocurra insinuar eso delante de ningún periodista, abogado, no se le ocurra; podría crear un pánico del que le haría

responsable ante la corte, ¿me comprende?

—Un silencio coercitivo no soluciona el problema, comisario.

—En esta área hay superratas agresivas y voraces. La Prensa lo va a publicar, nadie podrá impedirlo.

—Es cierto, nadie podrá impedirlo —admitió el comisario Leganié con un gruñido— pero en los noticieros de televisión aparecerán filmaciones de la operación masiva de desratización que se está llevando a cabo. Se están empleando métodos masivos y drásticos para la desratización. Han entrado por el colector camiones cisterna con caños de dispersión que lanzan cianhídrico y otros venenos, como son fósforo, carbonatos de bario y estricnina.

—¿Y eso contaminará el río? —preguntó Jean Pierre.

—No. Unos *bulldozer* han levantado un muro de tierra para que el sobrante de esos productos exterminadores no llegue al río. También hay camiones preparados con sacos de productos en polvo que reaccionarán con el matarratas sobrante y disuelto en agua, neutralizándolo. Es una operación de envergadura, llevada a cabo con meticulosidad. Los hombres están trabajando con máscaras de oxígeno. Dentro de unas horas, palas excavadoras entrarán para recoger los cientos de miles de roedores que habrán sucumbido en la operación de exterminio. Eso es lo que verá el pueblo en los reportajes de televisión y podrá respirar con tranquilidad. Las ratas siempre han sido un problema, pero tenemos medios para combatirlas.

—Eso esperamos todos, comisario, eso esperamos; sin embargo, yo lo dudo —opinó el abogado Coltieu.

—¿Por qué lo duda? Es usted un fatalista. Espero que ningún periodista le haga preguntas, resultaría negativo para nuestra labor y de nada serviría crear un pánico innecesario, sólo para que unos periodistas avispados y sensacionalistas vendieran más periódicos:

—Comisario, usted no deja hablar a nadie —le objetó Coltieu—. Quería decir que a lo largo de la historia, algunos científicos han opinado que las ratas poseen una inteligencia superior a la que se les supone y que, en determinados casos, aparece alguna de ellas con una inteligencia superior a la normal. Se desconoce por qué ocurre, pero así es.

—Tonterías —replicó el comisario Leganié.

En aquel momento se acercaron a ellos varios hombres. Dos de

ellos llevaban uniforme; uno era un alto jefe de la guardia republicana, el otro de la municipalidad.

Los otros tenían aspecto de científicos, en especial uno de ellos, que llevaba unas gafas con cristales muy redondos y que, de pronto, reconoció al abogado Coltieu. Se apresuró a saludarlo efusivamente.

—¿Qué haces por aquí, viejo zorro?

—Soy el abogado de la señorita Brive. Su hermana fue una de las víctimas de las ratas.

—¡Ah, sí, ya recuerdo! En el cine Tívoli, ¿verdad?

—Sí.

El ecólogo explicó:

—No cabe duda de que son las mismas ratas que actuaron en el cine las que han atacado a la salida de estos colectores, encontrando a la tribu trashumante de gitanos. Ha debido ser terrible. A miles, yo diría que a cientos de miles, no les han dejado escapatoria, los han cercado por completo.

—¿Por qué atacan de esta forma? —preguntó Jean Pierre.

—Seguro que es hambre —opinó el comisario, algo suficiente.

—Yo diría que no —objetó el ecólogo—. Se han unido muchas familias de ratas, como ocurre en la Amazonia cuando se agrupan las hormigas y forman la temible marabunta.

—Pero esas hormigas devoran lo que encuentran —puntualizó el comisario, un tanto molesto.

—Y estas ratas también, pero especialmente lo que hacen es matar al hombre, comerse al hombre. Hemos estado estudiando el terreno y en mi opinión, y creo que mi colega alemán aquí presente piensa lo mismo, esos roedores estaban organizados en su ataque de forma inteligente. No fue un ataque en tromba, un ataque unidireccional del que podían haber escapado vivos o heridos varios de los atacados. No, las alimañas debieron rodear previamente el campamento formando un grueso de fuerzas muy considerable, las huellas dejadas así lo atestiguan. Embolsaron a sus víctimas como lo haría un ejército antes de tomar una decisión y después avanzaron hacia el centro al mismo tiempo, de forma que no hubiera escapatoria para sus víctimas que, además, resultaron totalmente sorprendidas, La mayoría murieron en el lugar donde dormían.

—Su teoría falla —objetó el comisario entre irónico y sarcástico, deseoso de sacarse la espina que le habían clavado con

anterioridad.

—¿En qué falla?

—Pues que hubo una vieja que se salvó, salió herida, pero se salvó. Los gendarmes la encontraron cuando su carreta daba tumbos por el camino. Por ella se supo lo ocurrido aquí; está herida en el hospital, pero se salvó.

—Es posible que iniciara la marcha antes de que comenzara el ataque masivo. Eso la salvó, pero aunque parezca absurdo, algún ser inteligente maneja a esos cientos de miles de roedores y ellos le obedecen —explicó el ecólogo Alfred Renoir.

—Eso es una locura y espero que no lo diga seriamente en ningún medio de información.

—Comisario, si me piden mi opinión la daré donde sea, le guste a usted o no.

—¡Bravo, Renoir! —Aplaudió el abogado Coltieu—. ¡Bravo, no hay que dejarse intimidar!

—Digan lo que quieran —rezongó Leganié—. Cuando se pongan en ridículo, ya habrá salido a los medios informativos toda la operación de desratización que se está llevando a cabo.

Los altos oficiales asintieron con la cabeza a las palabras del comisario, y el encargado de la misión de higiene y sanidad aseguró:

—Es la operación de desratización más drástica que jamás se ha llevado a cabo en esta área metropolitana. No va a quedar un roedor vivo; todo ha sido muy desagradable, pero no volverá a repetirse.

Jean Pierre intervino diciendo:

—También dijeron lo mismo cuando desratizaron los sótanos del cine y ahora, la tragedia ha sido mucho mayor.

El oficial de higiene carraspeó y el comisario Leganié intervino para salvar la situación.

—Se desratizó una zona que quedó limpia, no se podía prever que pasara una cosa como la que ha ocurrido ahora. No es nuevo en esta ciudad ni en ninguna otra del mundo que unos roedores ataquen una vivienda en pésimas situaciones higiénicas y que sus habitantes hayan sido mordidos; no obstante, ahora la operación se realiza a gran escala como habrán podido comprobar.

Geraldine, que había permanecido callada, preguntó:

—¿Cuántas ratas muertas sacaron de los sótanos del cine cuando lo desratizaron?

Se produjo un significativo silencio. El profesor Renoir suspiró antes de contestar.

—Curiosamente, ninguna. Al parecer, se habían marchado a otra parte, eso no es nuevo en los roedores. Aprenden en seguida dónde se les tiende una trampa. Las ratas son muy recelosas y suspicaces y si encima existe una superrata que las dirige, peor, mucho peor.

Leganié casi gruñó, molesto:

—Por favor, profesor, no insista en la existencia de esa superrata. La gente se da a la histeria con mucha facilidad.

—Nosotros seguiremos sacando muestras de la inspección —dijeron los profesores.

Por su parte, los oficiales indicaron:

—Tenemos que ir a supervisar la operación de desratización.

—Yo tengo que ir a ver cómo va la recuperación de restos humanos y la posible identificación de los mismos, cosa que resultará muy difícil, pues sólo hay restos óseos y muchos están desperdigados y entremezclados. —Miró a Geraldine y añadió—. Es mejor que no sigan adelante. Señorita, comprendo su dolor y admito que las ratas que han hecho esta masacre deben ser las mismas que atacaron a su hermana y a su amigo Lambert, pero más de lo que estamos haciendo ya no podemos hacer. Nada va a conseguir quedándose aquí, nadie es culpable de lo sucedido.

—Yo estimo que sí —intervino el abogado Coltieu—. Las autoridades son culpables por no mantener una lucha constante contra los roedores. Sólo hay desratizaciones cuando esos bichos aparecen masivamente; hay que exterminarlas antes de que se multipliquen y no cuando ya son millones pululando por debajo de la ciudad.

—Puede que tenga usted razón, abogado. Eleve una instancia al Ministerio de Sanidad, a lo mejor le hacen caso. Buenas tardes.

Le vieron alejarse. Geraldine suspiró.

—No hemos conseguido nada viniendo hasta aquí.

—Yo creo que sí —opinó Jean Pierre.

—¿Qué crees que hemos ganado?

A la pregunta de Geraldine, Jean Pierre respondió:

—Las ratas no se han agrupado sin motivo coherente; bueno,

han atacado para devorar, pero no quiero decir eso, sino que admito lo que han dicho los profesores: algo las dirige. Recordemos que en el camerino del cine Tívoli quedó en suspenso la incógnita de a quién o por qué fue abierta la puerta del camerino para que Nicole y Lambert fueran atacados y aquí ha ocurrido algo similar. ¿Quién o qué ha ordenado este ataque sobre la tribu de gitanos que ha caído víctima de los voraces roedores? Es cierto que la salida del colector gigante estaba cerca; no obstante, encontrando a quien dirige a los roedores habrá terminado el problema.

El abogado Coltieu rezongó:

—El flautista de Hamelin, con su flauta, se llevó a todas las ratas tras de sí…

—Eso es sólo una leyenda del siglo XIII —opinó Geraldine.

—Detrás de las leyendas casi siempre hay verdades —opinó el abogado—. Se supone que las ratas siguieron al flautista. Las autoridades se empeñan en atacar directamente a los roedores. ¿Qué os parece si nosotros buscamos al flautista? A lo mejor damos con él y resolvemos el problema.

Geraldine y Jean Pierre miraron a aquel viejo de aspecto tan singular y asintieron con la cabeza.

—De acuerdo, a mí todavía me quedan tres semanas de permiso, las voy a dedicar a buscar a ese supuesto flautista, sea cual fuere el método que emplee para hacerse obedecer por las ratas devoradoras de hombres.

—No puedo negar que tengo miedo —dijo Geraldine sincera—, pero también estoy dispuesta a hacer lo que sea para encontrar a esa inteligencia que maneja a las ratas que asesinaron a mi hermana.

—Pues, ya somos tres. ¿Por dónde empezamos? —preguntó el abogado Coltieu.

CAPÍTULO VI

Geraldine Brive vivía en la zona jardín del Quai Sudouest.

El jardín que correspondía a su casita, casi idéntica a las que la circundaban, era minúsculo: un par de metros por cada lado de la casa, a lo sumo cuatro de fondo tras la vivienda y tres delante del zaguán, que resultaban suficientes para tener un poco de césped, un cerezo y una mesa con unas sillas de mimbre para ser utilizadas durante el buen tiempo.

Aquella casa la habían heredado Geraldine y su fallecida hermana de sus padres, pues comprarla en propiedad habría resultado ahora bastante difícil, teniendo en cuenta que poseer unos metros de jardín propio en la megápolis era un verdadero lujo.

La casita de planta y piso, con un pequeño desván, había sufrido unas mejoras que la habían hecho más cómoda y confortable, sin tener que tocar nada de sus paredes maestras ni de la fachada para que mantuviera la misma línea que sus hermanas de vecindad.

Geraldine notaba la ausencia dejada por su hermana. Era como si la casa se hubiera tomado más grande, más sombría e inhóspita.

La alcoba de Nicole estaba como ella la había dejado, tampoco había tocado los objetos que pertenecieran a su hermana y que se hallaban distribuidos por toda la casa.

Aquella misma tarde le habían entregado una arqueta de madera de ciprés conteniendo las cenizas de Nicole. El esqueleto había sido incinerado en el horno crematorio y Geraldine aguardaba la llegada de Jean Pierre para que la acompañara a dar un paseo por el río.

El joven era miembro del club náutico y tenía acceso a las piraguas.

Habían acordado que subirían a una de ellas y mientras Jean Pierre remaba, la muchacha esparciría las cenizas de Nicole sobre el río limpio pero de aguas oscuras, un río que semejaba perenne y que absorbería las cenizas sin preguntar de quién eran ni qué había

sido de la vida de aquel ser que en forma de polvo le era encomendado para la eternidad.

Había preparado la bañera con agua caliente y permaneció un buen rato dentro de ella, rodeada de la espuma del gel de baño mientras las sales aromáticas suavizaban y limpiaban su piel, ya suave de por sí.

Siempre le había agradado permanecer un buen rato dentro de la bañera, con el cuerpo bajo el agua, como liberándole de peso y haciendo que toda ella se relajara.

Cuando notó que el agua se había puesto tibia e iba camino de enfriarse, quitó el tapón del desagüe y el agua comenzó a desaparecer con algunos ruidos intermitentes.

La espuma descendía por su cuerpo, quedando pegada en algunos puntos de su anatomía de curvas y redondeces bien proporcionadas.

Cuando apenas quedaban dos o tres dedos de agua, se levantó y dio a la llave de la ducha para que el impacto de los finísimos y múltiples dardos de agua fría le quitaran toda la espuma y, al mismo tiempo, la frialdad cerrara todos sus poros, ya limpios por la dilatación del agua caliente.

No pudo evitar estremecerse bajo el agua fría; siempre le ocurría lo mismo, pero se vencía a sí misma y aguantaba.

De súbito, mientras el agua resbalaba por todo su cuerpo ya limpio hasta lo más íntimo, tuvo la sensación de que estaba siendo observada, de que unos ojos se mantenían fijos en ella.

Era una sensación pareja a la experimentada en más de una ocasión en el cine o en el teatro; había notado una mirada insistente sobre su nuca y, aun sin verla, le había provocado un desasosiego que la obligaba a girar la cabeza, encontrándose con unos ojos tan insistentes como impertinentes que se mantenían clavados en ella, lo que demostraba que se podía captar la mirada de una persona sin llegar a verla.

Se volvió preocupada y ahogó un grito al comprobar que no estaba sola en el cuarto de baño.

El niño de ropas ajadas, harapientas, de tez cetrina y cabellos negros y rizados, aquel niño de pupilas intensamente negras e insondables, que aparentaba entre nueve y diez años, estaba allí, mirándola fijo y casi obsesivamente.

Geraldine fue consciente de la desnudez total de su bello cuerpo empapado de agua; sin embargo, no hizo ningún aspaviento.

El niño tenía una mirada intensa, profunda, pero no había nada malicioso en él. Por ello, dio naturalidad a la situación. Salió de la bañera, poniendo sus pies empapados sobre la alfombra y tomó la gran toalla rosa. Se cubrió con normalidad, mientras se secaba.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? ¿Cuál es tu nombre? —fue preguntando sin obtener respuestas.

Geraldine estaba alarmada, mas no quería demostrarlo. Estaba segura de haber dejado bien cerradas las puertas de la casa, la del zaguán y la de la cocina que daba al pequeño jardín posterior.

Las ventanas también estaban cerradas; hacía frío en el exterior, un frío que dentro de la casa la calefacción combatía con éxito.

—Michel, Michel —silabeó el chico al fin, acercándose a Geraldine.

Antes de que hubiera podido coger otra prenda para cubrirse, tapándose sólo con la toalla que secaba su piel, el niño se abrazó a ella rodeándola por la cintura con sus brazos extremadamente delgados.

Geraldine tuvo un instinto de confusión, sin saber qué hacer. No había ni imaginado que pudiera producirse una situación como aquélla. ¿Qué hacia aquel niño desconocido dentro de su casa, abrazado a ella?

Lo notó temblar y se despertó en ella un instinto maternal desconocido hasta entonces. Se percató de que el niño, a su manera, demandaba su protección y que entre otras cosas estaba sucio y hambriento y parecía no encontrarse muy bien.

Le puso la mano en la frente y observó:

—Tienes calentura, Michel, porque te llamas Michel, ¿verdad?

—Michel, Michel —repitió.

Geraldine sabía que podía llamar a la policía para que pasaran a recoger a aquel niño que parecía huérfano y abandonado y lo internaran en algún orfelinato, mas su instinto de mujer la impulsó a ayudarle directamente.

Se quitó la toalla, pues su cuerpo ya estaba seco, y tomando una bata se cubrió con ella.

—Ahora te prepararé un baño, Michel, verás cómo te sientes mejor. Luego, comerás un poco. Tú eres el mismo que andabas por

la calle y Jean Pierre te compró unos bocadillos, ¿verdad?

El niño siguió mirándola con fijeza, sin decir nada, Sin embargo, Geraldine tuvo la impresión de que había gratitud en el fondo de aquellos ojos intensamente negros.

El pequeño parecía pasar un trauma, pues lo máximo que había dicho era su propio nombre.

—Uy, si tienes la cara llena de señales… ¿Qué te ha pasado, Michel? Explícamelo, soy tu amiga —le dijo acuclillándose frente a él para que sus rostros quedaren a la misma altura.

El niño, como respuesta, volvió a abrazarla. Era como si buscara el contacto de su cuerpo, como si quisiera beneficiarse del calor que emanaba de ella.

—Espera, espera.

Tras limpiar la bañera, tapó el desagüe con el tapón de goma y volvió a llenarla con agua caliente.

Viendo que el chiquillo, por sí mismo, no se desnudaba, comenzó a desvestirlo. Cuando lo hubo hecho, se asustó al verle la espalda tan marcada por cardenales que se la cruzaban de parte a parte, algunos en horizontal y otros en oblicuo.

—¡Dios mío! ¡Michel! ¿Quién ha sido capaz de golpearte de una forma tan atroz y salvaje?

Al no obtener respuesta, pensó que aquel niño habría que llevarlo a un psicólogo infantil para que le sonsacara la verdad de lo que le ocurría, la verdad de su tragedia.

Si había sido torturado de forma tan inhumana, era lógico que se hubiera sumergido en una introversión casi patológica.

Lo introdujo en la bañera y Michel no se quejó, no opuso ninguna rebeldía.

Parecía como si acabara de adoptar a Geraldine como la madre que no tenía, pese a que la muchacha era demasiado joven para ser su madre real; sin embargo, la diferencia entre ambos si daba lugar a aquella situación, pues Geraldine era una mujer hecha y Michel, sólo un niño que apenas sabía decir su nombre.

Lo secó con cuidado y lo llevó a la habitación de Nicole, tendiéndolo en la cama.

—Estabas muy sucio, Michel, ¿dónde te habías metido?

El chico continuaba sin decir nada. Se dejaba secar, mimar y curar, pues con linimento del botiquín casero, Geraldine suavizó las

moraduras de su espalda.

Mientras iba y venía, cuidando al niño que se había introducido en su casa, la joven tuvo la sensación de que un par de ojos seguían observándola, pero cada vez que se volvía para sorprenderlos no los hallaba. Lo mismo le ocurría al mirar hacia una puerta que hacia una ventana; sin embargo, estaba segura de que unas pupilas furtivas y rápidas la vigilaban.

Fue a la cocina, encendió el fuego y puso a calentar leche. Leche caliente alimentaría a Michel y le ayudaría a descansar mientras dudaba en llamar al médico para que examinara aquella espalda flagelada con algo muy contundente.

Una ráfaga de aire frío llegó hasta Geraldine, que vestía una bata ligera, ya que la calefacción de la casita funcionaba bien. De reojo observó que la puerta de la cocina que daba al patio posterior estaba abierta.

—Si la he cerrado…

Fue a cerrarla de nuevo, como admitiendo que había tenido un descuido que el niño había aprovechado para filtrarse en la casa en demanda de ayuda, con su aspecto enfermizo, sucio y hambriento.

Quedó perpleja al no conseguir cerrar la puerta por una razón tan simple como asombrosa. La cerradura no estaba allí.

Había un hueco en la madera por el que cabía el puño de un hombre. También faltaba parte de la jamba donde debía encajar la cerradura.

Abrió la puerta despacio y en el suelo descubrió la cerradura y a su alrededor, todo lleno de astillas. Era como si hubieran roído la madera hasta arrancar la cerradura.

Geraldine no comprendía aquello. Para astillar la madera de semejante forma hacían falta unos garfios muy poderosos, quizá un gran roedor; pero no, un perro, para astillar la madera, necesitaba atravesarla entre sus mandíbulas, mientras que el que había roído parte de la puerta lo había hecho de frente.

Geraldine tuvo un estremecimiento de miedo.

Abrió más la puerta y mirando hacia el pequeño jardín tuvo la certeza de que una gran sombra negra desaparecía entre los altos y espesos setos que separaban unas casitas de otras.

Con un miedo difícil de explicar, volvió a cerrar la puerta haciendo uso de un cerrojo que tenía en su parte más alta.

Entonces, oyó un ruido inconfundible que le hizo volver la cabeza hacia la cocina. El exceso de calor había hecho hervir la leche, desbordándose del bote que la contenía.

CAPÍTULO VII

La piragua era biplaza, larga y esbelta.

Geraldine no había subido nunca a bordo de una embarcación tan ligera como aquélla. Bastaba bajar tas manos por ambos lados de la embarcación y éstas se hundían en las aguas del río hasta los codos.

Había rechazado el chaleco salvavidas porque sabía nadar lo suficiente para llegar braceando a cualquiera de las dos orillas, en el supuesto de que la veloz embarcación volcara.

La joven se acomodó sentada en el fondo de la embarcación, con las piernas bien estiradas hacia delante en el asiento de proa. En el asiento de popa, casi tocándole las nalgas con los pies, estaba Jean Pierre que manejaba el remo de doble pala.

La piragua biplaza era para ser gobernada por dos palistas, más Jean Pierre, un hombre joven, fuerte, atlético y bien entrenado, se bastaba para impulsar la embarcación aun contra corriente, pues el río, a su paso por la ciudad y hallándose bien canalizado, no llevaba una corriente que pudiera considerarse insalvable para un buen palista.

Jean Pierre centró la embarcación en el río mientras a derecha e izquierda podían verse los históricos edificios de la gran ciudad.

Frente a ellos quedaban los artísticos puentes por debajo de los cuales pasarían en breve.

Geraldine abrió la arqueta de ciprés que llevaba consigo e introdujo su mano tomando cenizas que fue esparciendo a babor y estribor de la piragua, alternativamente.

Era una ceremonia que aparentemente realizaba en silencio bajo un cielo gris e invernal, mas Geraldine rezaba una oración por Nicole a su manera, no era algo aprendido en ninguna parte. Era una especie de monólogo dirigido a la hermana que ahora, en forma de pesado polvo, desaparecía bajo las aguas del río.

Al fin, las cenizas se agotaron. Jean Pierre le pasó una bolsa de arena que Geraldine introdujo en la arqueta. La sostuvo sobre el agua hasta cerrarla con llave y después, aguardó a que se llenara de agua y se hundiera en las profundidades del río gracias al lastre de arena.

Como culminando la ceremonia, Geraldine hundió ambas manos en el río para que el agua las lavara, llevándose de entre sus dedos hasta el último resto de cenizas humanas.

Comprendiendo que la ceremonia había terminado, Jean Pierre, que había respetado el silencio de la muchacha, maniobró para hacer girar la piragua con cuidado para que la corriente, cogiéndola de costado, no la volcara.

Dio vuelta ciento ochenta grados y paleó con fuerza, con verdadero brío, venciendo la corriente hasta que, empapado de sudor, logró retornar al club náutico donde atracó la embarcación.

Ambos descendieron de la piragua ayudados por un empleado del club.

—Voy a darme un duchazo, me hace falta. Espérame en el bar, luego tengo que llevarte a un lugar —dijo Jean Pierre.

—¿Ahora?

—Sí.

—Es que tengo que…

No terminó, como si se contuviera para no decir más de lo que deseaba.

—Es algo importante, ya lo verás.

Geraldine consulto su reloj *water-proof* como si estuviera muy pendiente del tiempo.

—Es que me esperan.

—La visita que tenemos que hacer es importante, Coltieu la ha preparado.

La joven vaciló pero al fin accedió.

—De acuerdo, espero que no sea por mucho tiempo.

—No me dirás que me ha salido un competidor, ¿eh? —le dijo Jean Pierre en tono jocoso.

—No, qué tontería, es que…

—Ahora vuelvo; si no me ducho pronto voy a pillar una pulmonía —le dijo el hombre alejándose, sin dejarla terminar su explicación.

Geraldine tomó un refresco combinado. Jean Pierre no se retrasó y poco después, abandonaban el club náutico en el «Citroën».

Coltieu les aguardaba en la sala de espera de un hospital suburbial.

El abogado llevaba un bloc en el que tomaba apuntes con una letra que sólo él podía entender, sin olvidar su viejo libro a través del cual hurgaba en la historia los asuntos que le interesaban. En el fondo, Coltieu era un ratón de biblioteca; en sus bolsillos guardaba toda clase de carnets de abonos de bibliotecas conocidas.

—Creí que no ibais a venir —les dijo al verles.

—¿Qué nuevas hay, Coltieu? —preguntó Jean Pierre.

—Han estado por aquí los chicos de la Prensa. La vieja gitana ha contado muchas cosas y los médicos dicen que está perturbada por lo que pasó.

—¿Lo mismo que el acomodador del cine Tívoli?

—Algo así, pero la vieja ha salido peor parada. Ha recibido una considerable cantidad de mordeduras de los roedores; ha sido un milagro que se salvara de la matanza.

—¿Es la única superviviente?

—Eso parece.

Geraldine inquirió:

—¿Esa vieja ha explicado algo de las ratas?

—Luego pasaremos a verla. He estado hablando con el médico que la atiende; en realidad, la policía ya ha terminado de hacerle preguntas. La vieja sacará unos buenos francos, porque le han hecho varias proposiciones para que explique en televisión lo que le sucedió.

Jean Pierre admitió:

—Es lógico suponer que el mundo entero se va a interesar por la única superviviente del ataque de las ratas, pero poco tendrá que contar.

—No creas, ella asegura que son hijas de Satanás.

—Siendo una hechicera, no es extraño que haga alusión al diablo —opinó Geraldine.

—En medio de sus delirios, porque le han aplicado muchos antibióticos y vacunas para que no contraiga enfermedades de tipo contagioso debido al ataque de las ratas, asegura que la culpa la tuvo un tipo llamado Antoine que maltrató brutalmente al

protegido de Satanás. Ella le gritó que no lo hiciera porque la venganza caería sobre toda la tribu y así fue. La vieja, presintiéndolo, tomó su carreta y se alejó, pero el campamento ya había sido rodeado por esas alimañas que atacaron, no dejando a nadie con vida.

—Eso son manías de vieja hechicera —objetó Jean Pierre—. Lo que hay que admitir es que va a tener mucha audiencia para sus declaraciones. Siempre hay gente dispuesta a creer en venganzas satánicas.

—La verdad es que todo no está muy claro. Los ecólogos y zoólogos no llegan a una conclusión unánime. Sólo en contadísimos casos, las ratas han atacado al hombre con el que conviven desde los tiempos más ancestrales de una forma casi simbiótica. Ellas atacan a los cadáveres, no a los seres vivos y si lo hacen es a niños indefensos o a enfermos, personas que apenas pueden defenderse, pero rara, muy rara vez a todo lo largo de la historia, a una comunidad entera. Fue un verdadero ejército de ratas lo que rodeó el campamento gitano.

—Estaban demasiado cerca del gran sumidero. Por allí pueden salir muchas, empujadas por alguna causa. ¿No es cierto, Jean Pierre?

—Sí, una contaminación de gases tóxicos, por ejemplo, puede haberlas empujado hacia el exterior y esta forzada expulsión de sus guaridas las ha vuelto muy agresivas.

—El caso es que la vieja insiste en que ha sido Satanás quien ha movilizado el ejército de ratas para castigar a su tribu por azotar a su protegido. Los médicos dicen que está en cierto grado psicopático y que no van a consentir que aparezca en televisión hasta que haya mejorado, pero no se podrá evitar que sus declaraciones salgan en la Prensa escrita, en las revistas de todo tipo.

—Crearán el pánico entre el público histérico —opinó Geraldine —, nada más.

—Es cierto, porque las autoridades no le hacen maldito el caso. Se han limitado a recoger los cadáveres de las ratas muertas en aquel ataque para estudiar el porqué de su agresividad. Los laboratorios están trabajando intensamente en estos momentos.

—¿Y por qué creen que debemos visitar a la vieja hechicera, si

la policía no le hace ningún caso y sus declaraciones sólo van a servir para asustar a un público medroso y pusilánime?

—Porque me parece que dentro de lo que dice, hay cosas interesantes.

—¿Como cuáles?

—Venid, venid conmigo…

El abogado Coltieu, que por haberse pasado varias horas allí ya conocía bastante bien el hospital suburbial al que acudían los más indigentes de la megápolis, les precedió hasta la habitación que ocupaba la hechicera.

No había policía de protección frente a la puerta donde se hallaba la vieja gitana. De nada se le acusaba y no se esperaba que nadie fuera a tomar represalia alguna en su contra.

Los periodistas ya habían estado allí; sólo quedaban las propuestas para acudir a los estudios de televisión de diferentes países para que contara su particular visión de lo sucedido.

Geraldine se dijo que el rostro de la vieja que yacía en la cama era ciertamente repugnante. Nada tenía que ver en ello su raza; era su aspecto, quizá la vida que había llevado, las cicatrices que tenía.

—Hola, *madame* Vermes; volvemos a vernos. Traigo a unos amigos que sí creen en su historia —le dijo el abogado Coltieu con cierto aire confidencial.

—¿Ellos creen lo que yo sé, ellos no se burlarán de mí?

—No, *madame* Vermes, no —repitió el abogado moviendo su abundante cabellera blanca que le daba un aspecto extraño, casi grotesco y fantasmal a la vez—. La señorita es hermana de la chica que hace poco fue devorada por las ratas en un camerino del cine Tívoli. La policía dice que son las mismas ratas y la señorita quiere saber por qué atacaron a su hermana.

La vieja hechicera se fijó en Geraldine, escrutándola con su astuta mirada.

—Eres muy bonita. ¿Tu hermana también lo era?

—Sí, mucho, pero quedó… Prefiero no recordarlo.

—Sí, sí, yo he visto fotografías de cómo quedaron los de mi tribu… Eran demonios disfrazados de ratas, lo sé muy bien, y toda la culpa la tuvo Antoine que era un salvaje y no creyó en lo que le dije. ¡Estúpido, estúpido, por su causa fue exterminada toda la tribu!

Jean Pierre preguntó:

—¿Por qué tuvo él la culpa?

—Porque azotó brutalmente al niño, que es el protegido de Satanás. Yo lo había dicho muchas veces… No había otro niño como él, era único. Todos los que le atacaban morían más tarde o más temprano. Nadie quería relacionar las muertes con Michel, pero era así y yo lo sabía.

—¿Michel, ha dicho? —inquirió Geraldine, palideciendo.

—Sí, Michel. ¿Lo conoce?

—¿Cómo, cómo es ese Michel? —insistió, preocupada.

—Es un niño muy alto para su edad, de cabello rizado y negro, de ojos profundos.

—¡Jean Pierre, es él, es él! —exclamó la muchacha ahogadamente.

—¿Él, quién? —inquirió mirando a Geraldine sin comprender.

—El niño al que le compraste el bocadillo, es decir los dos bocadillos antes de que Nicole y Lambert se fueran al cine; el mismo niño al que luego vimos junto al coche de Lambert.

—Ahora que lo dices, por su aspecto sí parecía gitano y tendría entre nueve y diez años, ¿no es eso?

—¡Tres, tres, sólo tiene tres años! —casi gritó la vieja hechicera.

—¿Tres años? —repitió Geraldine mirándola a la cara, aunque le costaba mantener sus ojos fijos en el rostro de aquella vieja—. Entonces, no es el mismo.

—Sí, sí es el mismo. Sólo tiene tres años, pero parece tener diez, crece como un demonio. Su madre, al nacer él, no pudo resistir y reventó, muriendo de mala manera. Luego, Michel ha crecido como ningún niño lo hace. Crece tres veces más aprisa que los otros chicos y también come mucho más. Parece idiota pero no lo es. Su cabeza es como la de un niño de tres años, pero su cuerpo es diferente. Crece y crece desmesuradamente, goza de la protección de Satanás y se convertirá en un gigante que causará el terror entre los hombres a los que destrozará con sus manos y dientes y violará a las mujeres sin que nadie lo remedie. Michel es el protegido de Satanás y nadie podrá con él, nadie, nadie…

El abogado Coltieu puntualizó:

La policía opina que el niño también ha muerto, que no se ha salvado nadie. Han encontrado restos óseos de varios niños y

Michel será uno de ellos; sólo usted se salvó al escapar a tiempo.

—Estoy segura de que Michel no ha muerto, la policía está equivocada. Las ratas le obedecen, no podían hacerle daño. Michel tiene la protección de Satanás y las ratas se vengaron por la paliza que Antoine le dio.

—Pero, *madame* Vermes, eso parece absurdo. Si insiste al respecto, la van a internar en un manicomio —opinó Jean Pierre.

—No, no la pueden encerrar porque ha dicho la verdad.

Todos quedaron perplejos mirando a Geraldine que acababa de pronunciar aquellas palabras como si se tratara de una sentencia.

—Tú, tú me crees, ¿verdad?

—Sí, la creo porque es cierto lo que ha dicho.

—Por favor, Geraldine, no la alientes en algo que…

—Calla, Jean Pierre, calla, Michel está vivo.

—¿Cómo estás tan segura? —preguntó el abogado Coltieu.

—Porque está en mi casa.

—¿Cómo? —fue la pregunta unánime de los tres que la estaban mirando.

—Se presentó en mi casa, incomprensiblemente. Es cierto que había sido maltratado, su espalda está llena de morados, le han dado una paliza brutal. Sólo sabe decir su nombre. Yo lo he lavado, le he dado de comer y lo he acostado en una cama. Quería decírtelo en el club náutico, Jean Pierre, pero tú tenías prisa, aunque entonces todavía no relacionaba a Michel con lo que acaba de contar la mujer —señaló a la vieja que tenía vendajes y desinfectantes coloreados por el rostro y los brazos para curar las mordeduras de las ratas.

—Entonces, ¿es verdad que ese niño se ha salvado, que hay un niño al que las ratas respetan? —preguntó, boquiabierto, el abogado Coltieu.

—Al parecer, sí, tenía muchos golpes pero ninguna mordedura de rata. Lo que sí noté fue algo muy extraño…

—¿Qué notaste, algún símbolo de Satanás? —preguntó la hechicera, vivamente interesada.

—Bueno, el niño entró en mi casa estando todas las puertas cerradas.

—¿Cómo entró? No irás a decir que tiene el poder de atravesar las paredes —objetó el abogado tratando de ser sarcástico.

—No, no fue eso, lo descubrí cuando me dirigí a la cocina. Habían roído la madera de la puerta hasta hacer saltar la cerradura… Ignoraba a qué era debido, pero ahora, después de hablar tanto de las ratas, casi me atrevería a asegurar que la madera ha sido roída por alguno de esos bichos que le ha abierto la puerta a Michel para que entrara en mi casa.

—Eso es absurdo, las ratas tienen una cierta astucia, pero no una inteligencia hasta ese punto —objetó el abogado Coltieu.

—No sé la inteligencia que tendrán esas ratas, pero es seguro que la madera está mordida y la cerradura saltada y al niño lo encontré dentro de casa. Vi que necesitaba ayuda y se la he prestado.

—Pues tienes al mismísimo protegido de Satanás en tu casa —le dijo la vieja bruja señalando a Geraldine con su dedo, acusadoramente.

Había temor y hasta ferocidad en su gesto y la muchacha no pudo evitar un estremecimiento.

Jean Pierre la cogió por el brazo y dijo:

—Es mejor que salgamos.

La joven estaba muy afectada y preocupada por la agresividad de la vieja hechicera; por su parte, el abogado dijo:

—Yo me quedo, quiero hacerle algunas preguntas más sobre Michel. Ese niño se va a convertir en un personaje muy importante.

Ya en el corredor del hospital, casi se dieron de bruces con el comisario Leganié, que venía con aire preocupado.

—¿Ustedes aquí? —preguntó.

—¿Qué pasa, comisario, han conseguido exterminar a todas esas ratas agresivas, devoradoras de hombres?

El comisario, nervioso, arrojó su cigarrillo, a medio consumir, dentro del cenicero con arena que se hallaba en el suelo.

—De nada va a servir ocultarlo, ha intervenido mucha gente en esa operación combinada de desratización masiva y todo va a salir a la luz pública.

—¿Qué trata de decimos, comisario? —insistió Jean Pierre.

—Pues, que ha sido un fracaso.

—¿Un fracaso una fumigación intensa de cianhídrico, con el peligro que ello supone para la contaminación de la zona, combinada con productos fosfóricos, derivados del bario y algunas

cosas más? —inquirió Jean Pierre con sincero asombro.

—Así es, teniente, un fracaso. Nadie lo comprende. Cualquiera de esos métodos, por sí solo, siempre ha ocasionado una considerable mortandad de roedores, pero en esta ocasión, apenas hemos hallado unos cientos muertos. Se supone que eran crías y roedores ya enfermos que no pudieron abandonar la zona. Es como si alguna maligna inteligencia les hubiera advertido de lo que íbamos a hacer y abandonaron toda el área de exterminio. Un fracaso total… Las ratas se han largado del lugar donde se realizaba la operación de aniquilamiento. De todos modos, se he formado una brigada de sondeo para averiguar en qué punto de la ciudad se hallan. Esto perece una guerra declarada, pero hay que encontrar al enemigo para poder combatirlo. No es suficiente ver a unos cuantos roedores sueltos en alguna parte; se esconden a cientos de miles, quizá a millones, un verdadero ejército de ratas.

—Tendrán que alertar a la ciudad para que permanezca atenta a un posible ataque —dijo Jean Pierre.

—¿Está loco? Si hiciéremos eso causaríamos una histeria colectiva que abocaría en imprevisibles y catastróficas consecuencias. Todos tratarían de abandonar la ciudad de una forma alocada y se produciría tal atasco que no habría forma de escapar. Bueno, después de todo, eso es imposible; una medida así sólo puede tomarla el gabinete de la más alta administración.

En aquel momento, por el corredor apareció un hombre bastante joven y bien vestido. Corría hacia el comisario Leganié y su rostro estaba congestionado.

—¡Comisario, comisario!

—¿Qué pasa?

—¡El cine Tívoli, el cine Tívoli!

—Despacio, despacio, toma aire antes de hablar —pidió el comisario al joven policía que parecía querer ganar méritos ante su superior trasmitiendo órdenes a la carrera.

—¡No sirvió de nada la desratización del cine Tívoli!

—Hombre, ya lo sé, y tampoco la del gran sumidero del río. Pronto va a saberlo toda la ciudad.

—¡Comisario, es que… es que…! —casi tartamudeó.

—Termina de una vez.

—¡Es que el cine estaba lleno!

—¿Y qué?

—Unos espectadores han pasado por la puerta sin encontrar al acomodador…

—¿Había ido a tomarse una copa?

—No, no, comisario, han hallado su esqueleto y lo más horrible es que nadie ha podido escapar vivo del cine. Ha sido un ataque masivo de ratas, nadie ha podido escapar, nadie… Es algo pavoroso. Todos los coches policiales están dirigiéndose al cine.

—¡Por todos los santos! —aulló el comisario Leganié.

Los dos policías echaron a andar apresuradamente y Geraldine les llamó:

—¡Aguarden, aguarden, yo tengo a Michel, yo tengo a Michel…!

—En otro momento, señorita; ahora no puedo atender a nadie. ¿Es que no ha oído lo que ha pasado?

—Comisario, es que Michel…

El comisario ya no podía escucharla, se alejaba a la carrera hacia el coche que le aguardaba.

En el inhóspito corredor quedaron a solas Jean Pierre y Geraldine.

—Vamos a tu casa —dijo el hombre.

—¿A mi casa? —repitió asustada la joven.

—Sí, vamos a buscar a Michel.

—¡No, no, Jean Pierre, tengo miedo, ahora tengo mucho miedo!

CAPÍTULO VIII

El «Citroën» GS X2 se detuvo silenciosamente en el Quai Sudouest, frente a la casa de los Brive.

Al otro lado, tras un borde de piedra, estaba el río de aguas oscuras, limpias y silenciosas. Las luces de la casa se hallaban apagadas y nada anormal parecía haber en ella.

—¿De veras crees que ese niño que has recogido en tu casa es el Michel al que se refiere la bruja gitana?

—Sí, estoy segura —ratificó nerviosa.

Miraba la casa y volvía la cabeza hacia Jean Pierre que permanecía tenso e interrogante a la vez.

—No acabo de creerme que un niño, que según dicen tiene tres años y que aparenta nueve o diez, pueda ser amigo de las ratas formando casi parte de su comunidad; sin embargo…

Ante la pausa del hombre, ella apremió:

—¿Sin embargo qué?

—Pues que si tiene tres años, si apenas sabe decir su nombre pese a su notable desarrollo físico, no puedo ser él quien dirija las ratas como si fuera un ejército de guerrillas que ataca de una forma coordenada, sin dejar fisuras por las que escapen sus víctimas. Si la bruja hechicera escapó a la muerte fue por puro azar, estuvo a punto de sucumbir.

—¿Quieres decir que hay otra mentalidad más inteligente que las dirige?

—Es posible; incluso, puede que ese ser que dirige al ejército de ratas que vive bajo nuestros pies esté esperando que Michel crezca para convertirlo en el emperador de las ratas. Es todo muy confuso. Hemos de llevar a Michel a un psiquiatra para que lo estudie y sepa qué sucede en su mente, el porqué de sus reacciones, y sobre todo, cómo se entiende con los roedores.

—Si es que, efectivamente, se entiende con ellos. Es todo tan

fantástico que cuesta creerlo.

—Después de lo que ha dicho esa vieja, ya no cabe ninguna duda. Lo que yo pienso es que el niño se debate en medio de muchas dudas. Busca un afecto maternal.

—¿Y las ratas?

—Quizá Michel se encuentra entre esos dos mundos: el de las ratas y el de los seres humanos. Es muy extraña su vida, va como perdido por la ciudad, buscando algo o a alguien.

—Yo creo que busca a la madre que no ha conocido.

—Y te ha tomado a ti por su madre.

—Soy muy joven para serlo.

—Eso él no lo comprende y te ve como la madre que desearía. Eres una mujer perfecta, tienes todos los atributos que un niño supone que debe poseer una madre.

—¿Qué atributos? —preguntó un tanto perpleja.

—Eres cariñosa, agradable, comprensiva. Te gustan los niños, eres femenina cien por cien y tienes unos pechos dignos de salir en las revistas más exigentes sobre el sexo.

—¡Jean Pierre!

—No te molestes, Geraldine, es la verdad —le contestó, observando sin recato las redondeces pectorales que el vestido no disimulaba, sino que más bien realzaba.

La muchacha se sintió un poco avergonzada, a la vez que halagada.

—No digas tonterías.

—No olvides que el niño te los ha visto tal cual son. Posiblemente ha sido criado con leche de burra o cabra y nota a faltar lo que otro niño normal ha tenido, cualquier psiquiatra encontrarla una explicación a eso.

—Sí, pero… En fin… —Geraldine dudó sin saber qué responder; se sentía incómoda.

—Si Michel te ha tomado como la madre que desea, habremos ganado mucho, aunque me cuesta creer que aquel niño al que compré un par de bocadillos sea tan peligroso. Bueno, la verdad es que no lo creo; si estaba en tu casa, nada tiene que ver con lo ocurrido en el cine Tívoli.

—Tienes razón, Jean Pierre, nos hemos dejado influenciar por las acusaciones de aquella bruja.

—La vieja ha pasado por un momento muy difícil. Está inmersa en un *shock* psicológico importante; no hay que olvidar que las ratas la han atacado y mordido. El ser humano siempre ha tenido un miedo y una repugnancia atávicos contra esas bestias.

—¿Qué hacemos?

—Ir a ver al chico. Conozco a un buen psiquiatra, precisamente especializado en pediatría. Es amigo mío, estudiamos juntos; es joven y partidario de los métodos más modernos.

—¿No le hará ningún daño?

—¿Por qué habría de hacérselo?

—Es que…

—Seguro que estás pensando en esos manicomios antiguos que parecían cárceles o algo peor, donde se hacinaban los locos y eran encadenados a los muros.

—Perdona, pero…

Palmeó el muslo femenino cariñosamente.

—Me temo que ese niño huérfano ha despertado en ti un sentimiento maternal que desconocías y ahora deseas protegerlo.

—Me tomas por una tonta, ¿verdad? Pues ese niño abandonado me da mucha pena, si hubieras visto su espalda torturada… Lo han maltratado de una forma bestial y no creo que él sea culpable de nada de lo que ocurre. Es una coincidencia que él posea esa extraña habilidad pera confraternizar con las ratas, como otros niños pueden hacerse amigos de los perros o los gatos.

Jean Pierre deseó replicarle que él pensaba de forma distinta, pero decidió que era preferible no contrariar a la mujer que amaba.

Por eso, quitando las llaves del contacto, dijo:

—Vamos a ver a Michel y decidiremos qué se puede hacer con él.

Abandonaron el automóvil, acercándose a la vivienda.

Rebasaron la pequeña cerca que cerraba el minúsculo jardín donde se hallaba la mesa sin las sillas de mimbre, guardadas dentro de la casa, pues no se utilizaban en aquella época y la intemperie las estropearía.

Algo nerviosa, Geraldine buscó las llaves en el interior de su bolso.

Era de noche y sólo una farola iluminaba aquel sector del Quai Sudouest y parte del río.

Al fin, el llavín se introdujo en la cerradura y la mano femenina lo volteó.

La puerta cedió y ambos quedaron en tensión frente a aquel hueco oscuro. Dentro, todo estaba en completo silencio.

Geraldine alargó su mano y buscó el interruptor eléctrico. Lo encontró en seguida, no en vano había pasado toda su vida en aquella casita de planta y piso. Allí había sido niña, jugado y crecido.

Al encenderse la luz del interior de la casa, Geraldine parpadeó por dos motivos: Porque la luz resultó demasiado fuerte para lo que estaba acostumbrada su retina y también por lo que había comenzado a vislumbrar.

—Sí, ya veo…

—¡Han estado aquí, han estado aquí! —gimió asustada.

Todo aparecía revuelto.

Los muebles estaban roídos, rotos, los objetos caídos de las estanterías y mesas. Había un destrozo absoluto, pues los muebles que no habían sido volcados se hallaban deteriorados por el roimiento.

—Me parece que ha sido una suerte para ti que no estuvieras aquí cuando ellas han llegado —gruñó Jean Pierre cogiéndola por el hombro con un gesto protector.

—Tengo miedo, tengo miedo —sollozó Geraldine.

—Puedes ir al coche, es metálico y no podrán con él.

—No es por mí si no por Michel. El niño estaba arriba, en el cuarto de Nicole.

—Vamos a ver y esperemos que esas ratas no estén agazapadas por aquí, esperando para saltar sobre nosotros.

Todo estaba destrozado. Parecía que por la casita siempre coqueta y bien decorada hubiera pasado una ola maligna y endemoniada que se había complacido en destrozarlo todo: Tapicerías, muebles, cortinajes…

Geraldine lo miraba todo con pena; sin embargo, estaba más preocupada por el niño que había dejado durmiendo en la habitación.

—¡Michel, Michel!

La llamada no obtuvo respuesta.

Llegaron a la alcoba que había pertenecido a Nicole y Geraldine

encendió la luz eléctrica, quedando asombrada ante lo que veía.

CAPÍTULO IX

La cama estaba vacía. También por allí habían pasado los roedores, sus huellas eran patentes.

Todo había sido destrozado, roído… Hasta el colchón aparecía destripado. La habitación hedía, las alimañas habían dejado sus excrementos aquí y allá.

—¡Es horrible! —exclamó Geraldine, a punto del sollozo.

—Es evidente que consideran a Michel como un miembro destacado de su comunidad y han venido para llevárselo consigo.

—¿Es posible eso?

—Sí lo es. Si lo hubieran atacado como han hecho con otras personas en anteriores ocasiones, habrían dejado sus restos y no están.

—En ese rincón están los harapos que vestía…

—¿Se habrá ido desnudo?

A la pregunta de Jean Pierre, la joven se apresuró a responder.

—No, no. Le compré una camisa, un jersey verde oscuro, de lana gruesa, unos pantalones tejanos y unas botas. Tomé sus medidas y fui a comprarlo todo a un *shop-center* que hay cerca de aquí. Se lo dejé todo sobre una silla, para que cuando se levantara se vistiera con ello.

—Pues, al parecer se ha puesto la ropa nueva que le has comprado, porque no está, sólo veo la silla volcada. Es horroroso, aquí deben haber venido los roedores a millares. Por unos momentos, la casa habrá quedado infestada. Has tenido suerte de no hallarte aquí en el momento que han llegado, teniendo en cuenta su terrible agresividad.

—¿Dónde estará ahora Michel?

—Seguro que con ellas, ese niño es diabólico.

—Por favor, no digas lo mismo que la vieja hechicera.

—¿Y qué puedo decir, viendo todo como está?

—Sí, pero…

—Tendremos que dar cuenta a la policía de lo que ha ocurrido aquí.

—No, no…

—¿Por qué no?

—¡Perseguirán al niño, será una auténtica cacería!

Jean Pierre la cogió por los hombros, obligándola a que le mirase a la cara. Con dureza, para que no pudiera ignorarlo ni olvidarlo, le dijo:

—Ese niño es diferente, no es como nosotros. Es un peligro, un verdadero peligro.

—¡Es simplemente un niño que busca afecto maternal, se encuentra solo!

—Solo no, tiene a sus amigas las ratas.

—Pero, apartándole de ellas…

—Eso lo decidirán los psiquiatras. ¿Qué sabemos nosotros de lo que ocurre en la mente de Michel? Ya es muy extraño que crezca físicamente tres veces más aprisa que un niño normal.

—Eso no es culpa suya.

—Sí, no es culpa de Michel, pero constituye una anormalidad que está resultando peligrosa. Habrá que notificar al comisario Leganié lo ocurrido aquí.

—No lo hagas, Jean Pierre, no lo hagas —casi suplicó Geraldine —. Ya tiene suficientes problemas con lo ocurrido en el cine Tívoli…

—Allí en el cine han encontrado la tragedia; aquí pueden hallar rastros. Mira, mira a tu alrededor y sé consecuente. Por favor, mira lo que pueden hacer esos roedores masivamente.

—El destrozo de una casa no es nada comparado con la vida de un niño que no tiene protección y que puede ser perseguido como una fiera dañina.

—Aquí han debido entrar miles de ratas, pero ¿cuántas crees que viven en el subsuelo de la ciudad? Siete, ocho, diez, doce millones quizá. ¿Te das cuenta de lo que pueden hacer doce millones de ratas agresivas y actuando bajo la consigna de atacar al hombre?

—Eso no ocurrirá, sólo es un grupo de roedores loe que han demostrado agresividad.

—Geraldine, Geraldine, no quieres entender. Ignoramos si esa agresividad devoradora es contagiosa entre las ratas.

—¿Una epidemia de agresividad?

—Los ecólogos lo están estudiando, es posible, desgraciadamente.

—Es que si llamas a la policía harán culpable a Michel de todo lo que pasa y es sólo un niño desvalido y torturado, un niño que no puede hacer daño. Lo he tenido entre mis brazos, lo he lavado, le he dado de cenar y lo he acostado. He ido a comprarle ropa da niño porque es un niño. No se le puede poner a él como imagen física de lo que están haciendo esas alimañas.

—Hay algo que no se puede olvidar, Geraldine.

—¿Qué?

—Donde está él, están ellas. Lo has dejado aquí y han venido a buscarle. No lo han atacado, sino que se ha ido con ellas y las autoridades querrán saber adónde han ido.

—Espera, espera un poco… —Miró su minúsculo reloj de pulsera —. Están a punto de dar las noticias por televisión. ¿Por qué no nos enteramos de lo que la policía ha averiguado antes de que digamos lo que ha pasado aquí?

—Está bien. Veamos el noticiero si es que te han dejado la televisión en estado útil —aceptó con un suspiro.

En el saloncito todo estaba estropeado o roído. El televisor había sufrido las salvajes mordeduras en el mueble, pero no en su interior, porque la plancha de cobertura posterior era de acero. Jean Pierre lo conectó y cuando vio que se iluminaba y el sonido funcionaba, exclamó:

—¡Albricias, no se lo han cargado todo! Por lo visto, son adictas a la tele.

Tuvieron que aguardar unos instantes antes de que comenzara el noticiero nacional.

El locutor habló de grandes problemas internacionales, de la caída de la moneda nacional, de la crisis petrolífera, de las guerras en Oriente Medio y de los roces fronterizos entre las dos Coreas.

Cuando se refirió a los sucesos nacionales, comenzó diciendo con gravedad:

—Las ratas siguen haciendo brutales estragos en la ciudad, parecen haber declarado la guerra al hombre… Algunos eminentes

profesores aseguran que una mente inteligente las dirige, aunque se ignora en qué forma y a través de qué medios de comunicación. La nota oficial es que se están empleando todos los sistemas de desratización conocidos y combinados entre sí para obtener una mayor efectividad. En vuelo directo desde los Estados Unidos viene un cargamento de raticida de ultimísima invención y también se tienen informes respecto a unos raticidas muy eficaces descubiertos por los científicos de la China continental.

»Según el informe dado por las autoridades competentes, no debe existir ninguna alarma. Los que en su vivienda tengan tuberías que comuniquen con el alcantarillado, que instalen rejas que adquirirán con facilidad en los comercios del ramo. Alrededor de cualquier posible salida de roedores, coloquen también trampas y venenos que se pondrán a la venta en los comercios subvencionados por el gobierno en un cincuenta por ciento de su valor.

Geraldine y Jean Pierre permanecían atentos a las palabras del locutor y a las imágenes que salían. En ocasiones, cuando éstas desaparecían, quedaba su voz en *off*.

—Se ruega que no se acerquen al cine Tívoli, ya que se está realizando una desratización a fondo y el área puede ser ligeramente tóxica, aunque las autoridades han tomado todas las medidas para que no haya contaminación general. Se espera que en las próximas horas, la operación B«arrido de ratas» quedará concluida con éxito. Al margen de la nota de las autoridades, tenemos una grabación y a nuestros estudios han acudido diferentes personalidades entendidas en la materia. En principio, vean la entrevista que se ha realizado a la única superviviente hasta ahora del ataque masivo de esas alimañas devoradoras…

En pantalla apareció *madame* Vermes, en su lecho del hospital.

Podían verse claramente los apósitos y los desinfectantes que cubrían su rostro y manos. Su aspecto era ciertamente deprimente.

—*Madame* —comentó un locutor que no aparecía en la filmación, pues el objetivo se mantenía fijo en la hechicera gitana —. Usted dice que presintió el ataque masivo de los roedores al campamento al que pertenecía, ¿no es cierto?

—¡Sí, lo sabía, lo sabía! —insistió tajante, sin vacilaciones.

—¿Por qué sabía usted que ocurriría ese ataque? ¿Había una acumulación de desperdicios que podían atraer a los roedores

hambrientos?

—No, no, nosotros teníamos el campamento limpio, como siempre. Hay mucha leyenda negra en contra de lo gitanos y no es cierta. El campamento estaba limpio, como nos exigen las autoridades.

—Entonces, ¿cómo lo sabía? —insistió el entrevistador cuyo rostro no aparecía en pantalla.

—Antoine, el padre adoptivo de Michel, maltrató al niño… Le grité que no lo hiciera que no lo hiciera, y se rió de mí.

—¿Y qué tiene que ver eso con las ratas?

—Michel es el protegido de Satanás, que en esta ocasión se ha encarnado en esas ratas devoradoras de hombres. Se vengaron por lo que le hablan hecho a Michel, el niño protegido del demonio.

El locutor, conciliador para no irritar a la vieja hechicera que mezclaba diablos de diferentes religiones, lo mismo que oraciones y actos litúrgicos, no en vano era una trashumante de toda Europa, Asia y el Norte de África, dijo:

—Pero ese niño también ha sido devorado.

—¡No!

—Las autoridades aseguran que han encontrado los restos óseos del niño devorado.

—¡No, no, Michel no ha sido devorado, Michel estará con Satanás y sus huestes, encarnadas en las ratas! ¡Está con ellos en alguna parte y no se le puede tocar, no se le puede tocar! Y ahora, diré algo, algo que todavía no he dicho a nadie y que debe saber todo el mundo.

El periodista de televisión, interesado, preguntó:

—¿Qué es lo que tiene que explicar, *madame*?

—¡Las ratas son las huestes de Satanás, pero Satanás en persona es una sola de ellas, una rata gigante! Yo no quería hablar de ello, no quería asustar al mundo, pero hay una rata gigante que es la compañera de Michel. Yo he visto a Michel corretear de un lado a otro cabalgando sobre esa enorme rata… había callado hasta ahora porque si lo decía, sabía que apedrearían al niño y las ratas nos hubieran atacado antes como represalia. Antoine cometió la estupidez de golpearlo hasta casi matarlo y se han vengado, eso es todo. Ah, la mujer de Antoine también dijo que había visto al niño con la rata gigante; lo que ella no sabía es que esa bestia es Satanás.

—Gracias por su información, *madame*. Seguro que las autoridades montarán ahora una operación de caza y captura de esa supuesta rata gigante que podría ser la que dirige a las otras como si fuera su emperatriz.

Jean Pierre y Geraldine se miraron cuando en pantalla aparecieron dos profesores que comenzaron a dar unas explicaciones relativas a la vida y costumbres de los roedores para que todos pudieran saber de qué forma vivían, operaban y el medio de combatirlos.

Jean Pierre creyó que ya no interesaba lo que decían, puesto que las nuevas ratas ya no se comportaban igual que las estudiadas a través de los siglos.

La rata, como el propio hombre, semejaba poseer el gran don de la adaptación a cualquier medio, por hostil que éste fuera.

—Esa bruja quiere cargar todas las culpas sobre el niño para que lo persigan como a una fiera rabiosa —se quejó la muchacha.

—Los medios de información han silenciado los fracasos de quienes llevan adelante la operación de desratización. Dicen que acabarán pronto con ellas, pero están fracasando y eso se lo callan, aunque comprendo que no deseen provocar un pánico general.

—Si esa bruja insiste en decir que la rata gigante es Satanás y el niño su protegido, acabarán celebrando ceremonias satánicas. Harán hasta sacrificios humanos rituales, los seres humanos somos capaces de todo ante un pánico general. La historia está plagada de casos semejantes.

—Sí, es posible, pero ¿qué hay de esa rata gigante; existe en realidad?

—¿Una rata gigante? —repitió, trémula—. ¿Quién la ha visto? Hay ratas de muchos tamaños y especies. ¿Qué se puede considerar una rata gigante?

—No lo sé, eso tendrían que determinarlo los zoólogos. Por cierto, la puerta estaba cerrada con llave. ¿Por dónde han entrado los roedores y por dónde ha salido Michel?

—Supongo que por la cocina, allí hay una puerta.

Jean Pierre buscó la cocina.

Todo allí estaba destrozado y tirado por el suelo como el resto de la vivienda. Las ratas habían pasado a millares. La puerta se hallaba abierta y toda la jamba roída.

—Han entrado por aquí. Si la puerta es de madera, la roen con sus incisivos.

—Geraldine, ¿te has fijado bien en esto?

Ella se acercó y observó la puerta.

—Sí, ya he visto que habían roído la madera alrededor de la cerradura. Ahora veo que también han hecho saltar el cerrojo.

—Entonces, no hay puerta de madera que se les resista.

—Parece que no.

—¿Tú has dejado a Michel en la cama?

—Sí.

—Entonces, han sido ellas quienes han venido a buscarle.

—Sí, eso parece.

—Tendrás que admitir que Michel se entiende con esos bichos como dice la hechicera que acabamos de ver por televisión.

—Sí, pero él no hace ningún daño, no tiene fuerza física para hacerlo.

—Pero sí sus amigas las ratas, en especial la que ha hecho esto. —Tocó la puerta astillada.

—¿Qué quieres decir?

—Esto lo ha hecho una rata supergigante, Geraldine, las marcas son evidentes. Si aseguran que a un roedor que no utilice sus incisivos, éstos pueden crecerle de quince a veinte centímetros en el plazo de un año, imagino que los dientes de la rata que ha mordido esta puerta podrían llegar a medir dos metros o más.

—¿Qué barbaridad dices?

—Vámonos de aquí, esto tendrán que estudiarlo los técnicos especializados.

—¿Adónde vamos, Jean Pierre? Aquí ya no están los roedores.

—Vamos a mi casa, allí estaremos mejor; aquí, el hedor es insoportable.

Geraldine, al no decirle Jean Pierre que avisaría a la policía, aceptó.

—Dame las llaves, yo cerraré la casa —pidió el hombre.

La muchacha se dejó llevar. Estaba anonadada; no le importaba tanto la destrucción de su hogar como lo que significaba. Había ofrecido su protección casi maternal al niño desvalido.

Jean Pierre no le devolvió las llaves, disimuladamente se las guardó en el bolsillo.

Poco después, se alejaban con el «Citroën» por el asfalto que se charolaba por la finísima lluvia que había comenzado a caer.

CAPÍTULO X

Jean Pierre poseía un confortable apartamento en un edificio moderno.

Sólo poseía una habitación, una minicocina y un cuarto de baño, compensados por el amplio salón con una chimenea circular y metálica en su centro que daba calor a la estancia, un calor más psicológico que físico, en ocasiones.

Era como estar alrededor de un fuego secular, como conservar la llama en un campamento primitivo que se disponía a rendir adoración al dios-fuego.

Geraldine conocía aquel apartamento, había estado en varias ocasiones acompañada de Nicole y otros amigos.

Lo que siempre había temido era quedarse a solas con Jean Pierre. Tenía demasiada atracción aquel lugar, era tan confortable y se hallaba tan bien decorado dentro de su sencillez que invitaba al relajamiento, y relajarse hallándose a solas con Jean Pierre, ya sabía Geraldine lo que significaba.

Aquella noche, la joven agradeció entrar a solas en el apartamento del hombre, sin nadie más a su alrededor.

Ansiaba retenerlo y sentía dolor en las entrañas porque se daba cuenta de que quería retenerlo engañándole.

Se había despertado en ella un vivo sentido de protección maternal hacia Michel que la impulsaba a hacer lo que fuera por salvarle. Ya se hablaba demasiado de él; el nombre del pequeño gitano no tardaría en correr de boca en boca y se le culparía de todo.

—Hum, lo tienes todo muy ordenado —opinó, tratando de comportarse con naturalidad.

Deseaba que el hombre olvidara todo lo referente a los roedores que la vieja hechicera calificaba de encarnación de Satán.

—Cada mañana pasa una mujer a limpiarlo, la verdad es que no

deja una mota de polvo.

—Es una suerte. No siempre se encuentra una asistenta tan eficaz.

—La que viene aquí merece toda mi confianza.

—¡Hum! Están los carbones algo encendidos —dijo, mirando el interior de la chimenea cónica de aire muy funcional y moderno.

—Le pondremos un poco de leña de roble, encina y pino, y ya verás como arde bien y de una forma aromática.

—¿Mezclas las tres maderas?

—Sí, ya venden los tacos mezclados de esta forma para que al quemar, las resinas huelan de una forma agradable.

Jean Pierre puso los leños y pulsó un botón, conectando un diminuto y oculto ventilador que avivó el fuego de las brasas. Éstas prendieron con facilidad, elevándose las llamas rápidamente.

—Es muy agradable tu apartamento —opinó la joven, con sinceridad.

—Sí, es moderno y tiene el máximo de confort; al menos eso me dijeron al vendérmelo.

—Me costará poner un poco de orden en mi casa después de lo que han hecho las ratas.

—¿La tienes asegurada?

—No.

—Bueno, ya se arreglará. Hay casas de desinfección completa que hacen buenos precios aplazados. Habiendo estado esos bichos, es mejor que no entre nadie hasta que esté bien limpia. Esos animalitos llevan en su pelaje, en sus patas, todas las enfermedades conocidas, esas enfermedades que siempre han diezmado a la humanidad.

Geraldine volvió a mirar en derredor. El fuego era reconfortante.

—¿Puedo darme un baño? —preguntó—. Me siento cansada y como sucia. Quiero salvar a Michel, pero no puedo resistir a esos roedores.

—No faltaría más, ven por aquí.

—La pena es que no tengo ropa de repuesto y…

—Soy bastante más grande que tú, pero ¿una camisa mía te iría bien?

—Creo que si —asintió sonriendo, aunque con gesto algo fatigado.

—De acuerdo. Mientras, prepararé café.

Condujo a Geraldine al cuarto de baño y le entregó una camisa estampada de vivos colores, confeccionada en seda.

La joven preparó su baño mientras Jean Pierre se dirigía a la pequeña pero eficaz cocina.

Preparó café y de un armarito sacó un frasco de barbitúricos. Él no los empleaba, pero había tenido un amigo que sí y ese amigo había vivido durante algún tiempo con él.

En una de las tacitas disolvió un par de pastillas, tal como solía tomárselas su amigo. El café era precisamente de efectos contrarios, pero sólo por el plazo de una o dos horas; después, las pastillas vencerían a Geraldine, que ya estaba agotada.

Lo que no iba a consentir es que mezclara el somnífero con ninguna clase de bebida alcohólica.

Llevó el café al salón y lo colocó sobre una mesita, cerca del hogar.

Aguardó a que Geraldine terminara de bañarse, pero al oír todavía el ruido del agua, pensó que tenía tiempo. Fue hacia un armario ropero y apartó unos trajes.

Tras ellos había otro armario bastante más plano, de plancha de acero tapizada y una cerradura de gran calidad. Lo abrió con una llave y frente a él quedó un muestrario de armas cortas y largas. Era su pequeño arsenal.

Jean Pierre era teniente de las guerrillas superespecializadas; estaba de permiso y allí guardaba sus armas de reglamento y otras de propiedad particular.

Matar ratas a tiros, siendo éstas a millares, quizá a millones, era absurdo. Nada conseguiría a balazos frente a un ataque masivo de las alimañas; pero alargó su mano y escogió una pistola automática «Magnum» 357, un arma que sólo podía dispararla un hombre con fuerza en las muñecas si quería acertar en el blanco.

Aquella pistola haría saltar hacia arriba el brazo de una mujer debido a la potencia del contenido de los cartuchos y el calibre de las balas que disparaba. Era un arma muy poderosa.

Acertando con ella al centro del tronco de un arbolito de unos diez centímetros de diámetro, podía partirlo.

Disparar la «Magnum» contra las bestias devoradoras parecía una necedad; sin embargo, en la mente de Jean Pierre se reflejó

imaginariamente, pues no la había visto nunca, la rata gigante que se suponía guiaba a las otras.

Si eliminaba a aquella bestia, posiblemente crearía el caos entre las demás, que se quedarían sin su cerebro dirigente, porque había una rata poseedora de una inteligencia superior y excepcional. ¿Sería cierto que estaba poseída por Satanás, como aseguraba la hechicera gitana?

Hallar a la rata gigante en la megápolis en que vivía, con casi mil quinientos kilómetros de alcantarillado, resultaba casi una utopía, pero Jean Pierre abrió cuidadosamente una caja negra.

Dentro había municiones de diversos calibres, según el tipo de arma a emplear, pues poseía desde un fusil normal de reglamento a un fusil de élite con mira telescópica, pasando por una metralleta corta a varios tipos de pistolas.

Quitó el cargador de la «Magnum», extrayendo las gruesas balas una por una.

De una cajita forrada con plástico sacó unos proyectiles superespecializados de mercurio, en combinación con un explosivo. Eran balas que se introducían en un cuerpo y luego estallaban, y con el calibre que tenían eran capaces de deshacer las tripas de un elefante.

Volvió a cargar la «Magnum». Puso tres de aquellas balas tan singulares, prohibidas en todos los ejércitos del mundo y hechas por personas especializadas pero no adscritas a ningún ejército. Sobre ellas puso balas normales para la «Magnum»; de este modo, siempre le quedaba la posibilidad de utilizarlas si era preciso, pero no se le podían disparar por ningún error fortuito.

Cerraba el armario, ya con la poderosa «Magnum» dispuesta, cuando escuchó la voz de Geraldine llamándole.

—¡Jean Pierre!

—Ahora voy.

Metió la pistola en el interior de una chaqueta de cuero negro, propia de su uniforme.

No quiso que la muchacha viera el arma, podía tener miedo.

—El café está junto a la chimenea, no se habrá enfriado.

Jean Pierre deseaba dejar dormida a Geraldine para luego marcharse y buscar al comisario Leganié.

Le comunicaría lo que había sucedido en la casa de Geraldine y

también todo lo que sabía acerca de la personalidad de Michel. Eran datos que podían ayudar en la desesperada lucha contra la invasión de aquellos bichos endemoniados.

En la ciudad ya se habían comenzado a celebrar ceremonias pararreligiosas que trataban de expulsar al diablo del cuerpo de las ratas.

Cada roedor atrapado en una ratonera servía para una celebración de aquel tipo, rituales que todas las iglesias reconocidas rechazan de plano.

Otros, por el contrario, viendo a Satán simbolizado en las ratas, las capturaban para rendirles culto en espantosas misas negras.

La muchacha apareció cubierta con la camisa de seda, el cabello suelto y descalza sobre la moqueta.

A Jean Pierre le pareció más bella que nunca y la propia Geraldine se dio cuenta de ello. Le sonrió. Estaba haciendo el juego del cortejo, no se había preocupado de abrocharse los botones altos de la camisa y se veían gran parte de sus senos blancos y bien formados.

Geraldine, como adivinando el pensamiento del hombre, intentaba retenerle, aunque se percataba de que ya no era un deseo fundamentado sólo en salvar a Michel, sino que ella misma cada vez deseaba con más fuerza retenerlo a su lado, impedir que se marchara.

El juego de la mariposa revoloteando cerca de la llama de la vela le estaba saliendo mal; notaba que sus alas se quemaban. Al final, sería incapaz de volar para escapar y sucumbiría abrasada por la llama que habría de devorarla.

—Tómate el café, te sentirás mejor.

—Lo que tú digas, pero antes bésame.

—¿Ahora?

—Nunca lo has hecho a solas aquí, en tu apartamento.

—Porque tú no has querido.

—Ahora sí quiero.

Le puso las manos en la cintura y la camisa cedió, la tela era muy fina.

Notó las formas femeninas y la besó en los labios. Al poco, comprobó que la piel de sus muslos, también muy suave, se deslizaba cálida entre las yemas de sus dedos.

Tragó saliva con dificultad. Ella ganaba la batalla o quizá la perdía, también podía ser que ambos la ganaran, puesto que se amaban, pero en aquellos momentos, los dos tenían propósitos inmediatos distintos, pero querían llegar a ellos a través de aquel juego de amor.

—Necesito el café —dijo.

Levantó su taza y ella hizo lo propio.

—Si tanto insistes —admitió Geraldine tomando el suyo. Tras probarlo, opinó—: Está muy dulce.

—Quizá te lo he cargado demasiado de azúcar, pero como no has cenado…

—Sí, me irá bien.

Tras vaciar sus respectivas tazas de café, ambos las dejaron sobre la mesita de centro.

Geraldine alzó sus brazos y rodeó el cuello del hombre ofreciéndole sus labios, apretando su cuerpo contra el de él. Resultaba imposible ignorar cada una de sus tibias redondeces.

—Bésame, bésame —runruneó cálida y roncamente.

Él no podía negarse a complacerla, porque también lo deseaba con toda su alma.

El dormitorio estaba cerca y las llamas seguían consumiendo las maderas que ardían llenando el apartamento de un suave y aromático calor.

CAPÍTULO XI

Sonaron las campanitas electrónicas de llamada en la puerta del apartamento.

Geraldine se movió inquieta en la cama, sin llegar a abrir los ojos.

Jean Pierre le pasó la mano por la espalda desnuda, acariciándole las vértebras como si deslizara su mano por el lomo de una gatita y así la tranquilizó.

La cubrió hasta el cuello con la sábana y tras ponerse una bata, salió despacio del dormitorio. Cerró la puerta y se encaminó a la entrada.

Cuando abrió se encontró frente a frente la melena blanca y alborotada del abogado Coltieu.

—¿Qué pasa, a qué viene esta visite de noche?

—¡He descubierto muchas cosas! —exclamó metiéndose en el apartamento con una carpeta bajo el brazo. Fue hasta la mesita, tomó una de las tazas de café y al descubrirla vacía, gruñó—: ¿No tienes café recién hecho?

—Si tanto lo necesitas, ya te haré un poco —le respondió el joven.

El extraño abogado, tras olfatear el aire, opinó:

—Huelo a perfume de mujer. No estás solo, ¿eh?

Jean Pierre dio una ojeada a la puerta de la alcoba y contestó con sinceridad.

—Pues no. Las ratas han invadido la casa de Geraldine.

—¿Su casa también? —se asombró.

—Sí.

—¿Y qué buscaban allí?

—A Michel.

—¿El niño del que habla la gitana?

—Sí, estaba en casa de Geraldine.

—¿Y sigue allí? —preguntó muy inquieto.

—No, se ha ido con sus amigas las ratas.

—De eso quería hablarte. El comisario Leganié no le daba importancia, pero yo he estado haciendo averiguaciones, muchas averiguaciones. Me he gastado casi quince mil francos que voy a cobrarte a ti, Jean Pierre, ¿lo oyes?

—De eso ya hablaremos. Ahora, desembucha lo que hayas averiguado para ver si es interesante de verdad.

—Vamos a la mesa grande, traigo mapas…

El abogado extendió un mapa de toda la región norte del país y señaló la ciudad, el río y su desembocadura. Apuntó con su esquelético índice un lugar concreto y exclamó:

—¡Aquí está!

—¿El qué?

—La central termonuclear.

—¿Y qué tiene que ver en este asunto?

—Supongo que, según muchas opiniones, nada. Si una central termonuclear funciona correctamente, no pasa nada, pero en todos los lugares pueden producirse errores y averías. Hace casi cuatro años, una cápsula de material radiactivo se agrietó y dejó escapar radiactividad al vapor recalentado que mueve las turbinas. A su vez, y en eso radica la maldita coincidencia, porque en todas las tragedias un solo error no basta, se rompió uno de los serpentines de refrigeración y la radiactividad pasó al agua de enfriamiento, que por este lado de la desembocadura del río llegaba al océano. Naturalmente, la avería fue prontamente reparada. Un periodista tuvo la noticia de ella y lo denunció en su periódico, ya que no se dio ninguna nota oficial al respecto, haciéndose el más absoluto de los silencios. Yo lo he averiguado hurgando en las hemerotecas, pues no se volvió a mencionar el asunto. He buscado al periodista y me han comunicado que falleció en un accidente de automóvil, llegando a sospechar la policía que dicho accidente fue intencionado, mas no se ha podido probar nunca. El caso quedó enterrado y nadie ha querido saber nada de esa fuga de radiactividad en la central eléctrica termonuclear que sufrió la maldita y doble avería, es algo muy raro pero puede ocurrir.

—¿Y por qué has buscado esas fechas?

—Por la supuesta edad del niño.

—¿Ya qué conclusión has llegado?

—Cuando la madre de Michel se hallaba al principio de su gestación, la tribu de gitanos se hallaba acampada junto a la desembocadura del río. *Madame* Vermes me ha confirmado este extremo, aunque ella ignora por donde iba yo en mis averiguaciones, sigue creyendo que el diablo ha maldecido a su tribu. ¿Sabes que se dieron varios casos de cáncer de piel y de estómago entra los miembros de esa tribu?

—No.

—Michel, debido a la radiactividad que alcanzó a su madre en estado de gestación, sufrió una mutación genética y a eso se debe su extraño crecimiento físico, desacorde con su desarrollo psíquico. Tiene la edad mental propia de sus tres años, pero no el cuerpo, y si continúa creciendo no sabemos dónde terminará. Quizá sea el caso de gigantismo más espectacular de toda la historia de la Humanidad.

—Pero ¿cuánto puede crecer Michel con esa supuesta mutación provocada por la radiactividad?

—No se sabe. Pueden ser dos, tres o cuatro metros, o seguir creciendo hasta que muera.

—Ese niño deberá ser estudiado por la medicina científica.

—Si lo cazan vivo, porque tiene la protección de la rata.

—¿Te refieres a la gigante?

—Sí. Esa rata gigante ha debido sufrir la mutación genética por radiactividad, al mismo tiempo que el niño. En realidad, tienen algo en común, lo que sucede es que el cerebro de la rata alcanza su madurez mucho más pronto que el del ser humano. Todo esto lo he estado consultando con conocidos científicos que nada tienen que ver con esos que salen por la televisión para hacerse autopropaganda y escucharse a sí mismos mientras hablan.

—Entonces, ¿opinas que la rata gigante es producto de una mutación genética provocada por la avería de la central termonuclear?

—Sí. Yo no puedo creer en Satanás ni nada parecido, aunque haya mucha gente histérica que si lo crea. Lo que sucede es que el niño y la rata coincidieron en el punto de gestación exacto o mejor dicho, equivalente. Ambos crecen desproporcionadamente con respecto a sus especies y encima, esa rata posee una

superinteligencia en relación con sus congéneres. Es posible que, a la larga, Michel también sea superinteligente. Lo malo es que el niño y la rata se entienden a la perfección y esa rata gigante tiene el poder de aglutinar y comandar a todas las ratas aunque sean de diferentes especies, quizá porque posee medios para comunicarse con ellas.

—Pero, si las ratas atacan a los hombres, no comprendo el papel del niño.

—El niño ha sido maltratado por los seres humanos y se siente protegido por la rata gigante, por lo que, mentalmente, está más cerca de ella que de nosotros.

—¿Pese a que Michel busca un afecto maternal?

—¿Cómo sabes eso?

—Fue a casa de Geraldine. Ignoro cómo lo consiguió, pero fue allí buscando amor maternal.

—¿Y Geraldine se lo brindó?

—Sí.

—Pues, eso es algo que puede favorecer la situación.

—No lo creo. A las ratas no les ha gustado y han invadido la casa de Geraldine llevándose a Michel. Según esas alimañas, Michel es uno de ellos. Quizá, si Geraldine llega a estar en su casa, la hubieran matado para que no se quedase con el chico.

—Esa rata gigante y superinteligente es muy peligrosa, Jean Pierre, muy peligrosa. ¿Sabes cuántas ratas viven en el subsuelo de nuestra ciudad?

—No sé, supongo que siete u ocho millones.

—Eso es lo que dicen las cifras oficiales para que no nos alarmemos, pero yo sé de buena tinta que estamos por encima de los veinticinco millones.

—No me digas…

—En la ciudad de México, por ejemplo, están en los cuarenta millones y en Nueva York u Hong-Kong, no quieras saber. En todo el mundo nos triplican en número y con muchas más posibilidades de esconderse que nosotros los hombres. Tratamos a las ratas como un simple problema doméstico de segundo orden, pero ¿imaginas que nos declaren una guerra abierta como la que ya han iniciado?

—Comprendo. Hay que acabar con esa rata gigante.

Miró hacia la puerta del dormitorio que seguía cerrada; tras ella

dormía Geraldine.

—La policía y los servicios especializados buscan a esos bichos por los más de mil kilómetros de alcantarillado que hay y no las encuentran, a lo sumo unas docenas, cuando se calcula que hay una formación terrible de roedores en alguna parte.

—Una formación de quizá millones de ratas que deben alimentarse; esas bestias no paran de roer.

—Extiende un plano de la ciudad. Quiero ver el curso que necesitan.

—Los frigoríficos están sólidamente cerrados y los silos de grano están a prueba de roedores.

—Pueden haber invadido algún supermercado —opinó el viejo Coltieu.

—Extiende un plano de la ciudad. Quiero ver el curso del río, por qué lugares puede desplazarse ese ejército de ratas y en qué sitio pueden reunirse en busca de alimento.

—¿Vas a tratar el caso como una operación militar de guerrilla?

—No me queda otro remedio. Lo voy a hacer al margen del comisario Leganié.

—Si eres capaz de acabar con ellas, no sólo te lo agradecerá el país, sino el mundo entero. No nos damos cuenta, pero es la peor invasión que ha sufrido la humanidad en todos los tiempos. Al fin, las ratas se han levantado dirigidas por una superrata y han plantado cara al hombre. Es terrorífico, fantástico, pavoroso.

—Dame los listines telefónicos.

—¿Para qué?

—Ya te lo explicaré. Sería demasiado cruel decírtelo si estoy equivocado.

—¿Qué es lo que imaginas, Jean Pierre? Dímelo.

—No, hasta que esté seguro. Esas alimañas han vivido siempre debajo de la ciudad, la conocen tan bien como nosotros y pueden trasladarse de un lugar a otro sin atascos ni impedimentos.

Trazó líneas imaginarias sobre el mapa y luego fue marcando números telefónicos.

Hacía preguntas que al abogado le parecían absurdas, hasta que al fin, con el auricular en la mano, Jean Pierre masculló:

—No contestan, no contestan…

—¿Y qué quieres decir con eso?

—Que ya sé dónde están.

—¿Por qué no responden al teléfono?

—Exacto. En un establecimiento donde hay más de quinientos ancianos recluidos, siempre habrá una monja o un empleado que conteste al teléfono y aquí no responden.

—¿Estás loco? Hablas de un asilo de ancianos, ¿te das cuenta?

—Sí, me doy cuenta, desgraciadamente. Allí hay cientos de seres indefensos, la mayoría encamados. Recuerda cómo atacaron a la tribu gitana. Establecieron un cerco e invadieron el lugar. Si, además, utilizan el asilo para esconderse, ¿cómo van a encontrarlas los que las buscan por los alcantarillas?

—¡Por todos los demonios, esa rata sería un Napoleón como estratega! ¿De veras crees lo que dices?

Jean Pierre no le respondió. Volvió a llamar por teléfono y al poco saludaba:

—Coronel, soy el teniente Jean Pierre Dubois… Por favor, escúcheme. Puede pensar que estoy loco, pero atiéndame, es urgente…

Mientras Jean Pierre se arrepentía de haber puesto el somnífero en el café de Geraldine y trataba de despertarla por todos los medios, el abogado Coltieu no cesaba de observar el mapa que tenía delante de sus narices.

Consultaba sus libros y llamaba por teléfono al asilo de ancianos adonde nadie respondía. También había llamado a la compañía telefónica para que ésta confirmase que el número era correcto.

—Hum, tengo sueño, mucho sueño —repetía Geraldine.

Jean Pierre se había colocado la chaqueta de cuero en cuyo bolsillo portaba la «Magnum» de gran potencia con proyectiles especiales.

Subieron los tres al «Citroën» y partieron hacia el asilo.

La urbe semejaba desierta, sólo de cuando en cuando encontraban la tapa de una alcantarilla levantada y a un coche policial o de higiene escrutando en el interior de los colectores con focos que se alargaban mediante cables.

—Siguen buscándolas —gruñó Jean Pierre.

—¿Por qué no les avisas de que están en el asilo de ancianos?

—Porque todavía no las he visto, sólo es una suposición. Si me equivoco, no quiero que el cuerpo de guerrilla especial al que

pertenezco quede en ridículo públicamente.

Se detuvieron ante la entrada principal del asilo, adonde no tardaron en llegar varios vehículos ligeros militares.

El abogado Coltieu preguntó:

—¿Y si escapan por las cloacas?

—Esta vez no podrán. Abajo hay guerrilleros que colocan rollos de alambres de espinos. Tienen granadas de gases listas y lanzallamas, no podrán pasar. El edificio está rodeado y las ratas no vuelan, de modo que si están dentro…

No tuvo tiempo de terminar; un *jeep* se detuvo cerca de donde él estaba y se apearon varios oficiales de alta graduación que intercambiaron saludos con Jean Pierre.

—¿Seguro que esas alimañas están ahí dentro, teniente?

—Me temo que sí, señor, apostaría uno contra diez. Lo malo es que si han ocupado el asilo, habrá casi quinientos cadáveres ahí dentro.

—¿Cree que habrá alguien con vida? —inquirió el coronel de la unidad guerrillera, con evidente preocupación.

—Si son ciertos mis cálculos, ahí dentro, aunque no las veamos, habrá millones de ratas y sólo puede haber una persona viva.

—¿Quién?

—Michel.

—¿Ese niño del que tanto hablan?

—Sí, mi coronel.

—Me cuesta creerlo, teniente; no obstante, usted nunca me ha fallado. Si es tal como dice, no se trata de una simple limpieza, sino de una guerra contra un enemigo organizado. Yo asumo la responsabilidad de comunicar al gobierno lo que aquí pueda pasar.

—¡Coronel, coronel! —gritó de pronto la voz de un capitán de la unidad.

—¿Qué sucede?

—¡Puede mirar con los rayos infrarrojos! ¡Es una auténtica invasión, todo está cubierto de seres vivos, de ratas, están unas casi encima de otras, creo que hay millones, millones de ellas!

El coronel miró a Jean Pierre y dijo:

—Dentro de la desgracia que esto significa, mis felicitaciones, teniente Dubois, ha dado usted en la diana con sus suposiciones. Vamos a atacar este recinto con todas las consecuencias.

—Un momento, coronel, hay que salvar a Michel.

—Eso es imposible.

—Yo lo intentaré; entraré ahí y le llamaré.

—Eso es un suicidio, teniente. Los roedores están a millones, le devorarían antes de que pudiéramos intervenir en su ayuda.

—De todos modos, trataré de salvar al niño. Le ruego me conceda ese permiso.

—Teniente, sé que usted es un oficial responsable, permiso concedido. Le cubriremos y luego, el ataque será masivo.

—Jean Pierre, voy contigo —dijo Geraldine medio tambaleándose, como si estuviera algo ebria.

—No, Geraldine, no, estás medio dormida y aquí se corre mucho peligro. Recuerda lo que le pasó a Nicole.

—A mí no me harán nada, Michel me quiere, ya lo verás…

Jean Pierre vaciló. Al fin, la cogió por el hombro y avanzaron hacia la puerta.

Les bastó empujarla para que se abriera, estaba medio roída.

Inmediatamente, se escuchó un raro bullicio y multitud de pequeños chillidos.

Desde los árboles, donde habían sido colocados potentes focos, partieron unos haces de luz que iluminaron el patio de entrada al asilo.

Sobrecogía ver tanta rata, aparentemente pacíficas de aquellos momentos, pero había restos óseos humanos esparcidos, posiblemente de quienes habían tratado de escapar a la invasión.

—¡Michel, Michel, Michel! —llamó Geraldine, que apenas se sostenía por el sueño.

Jean Pierre oprimía tenso la «Magnum» dentro del bolsillo de su chaqueta.

Por la puerta principal del edificio apareció la rata gigante. Alcanzaría ya los cien kilos o más. Sobre ella, a horcajadas, estaba Michel. Era una especie de desafío por parte de la bestia.

—¡Mamá, mamá, mamá! —balbució Michel, vacilante.

Saltó del lomo del animal y avanzó hacia la pareja.

La rata, como defraudada, como traicionada, chilló de una forma que semejó un rugido y corrió hacia el niño, clavándole sus enormes incisivos en la espalda.

Michel gritó de dolor e inmediatamente, como si hubiera sido

una señal, las pequeñas ratas saltaron sobre él.

Jean Pierre sacó la «Magnum» y disparó dos veces contra la monstruosa rata que encajaba las balas de gran calibre como picaduras de mosquito, pues no se derrumbaba. Miró a la pareja y arremetió contra ellos.

Mientras se les echaba encima, Jean Pierre continuó disparando, y por el cañón del arma brotaron al fin las balas explosivas de mercurio. La cabeza de la bestia resultó destrozada y también su cuerpo que salpicó en todas direcciones.

—¡Corre, corre! —gritó Jean Pierre a Geraldine, sacándola, mientras las alimañas saltaban sobre ellos.

Reinaba como una gran y súbita confusión entre los millones de roedores que se habían quedado sin una inteligencia que los dirigiera. Era el caos, su apocalipsis.

Brotaron las largas llamaradas de los lanzallamas y en pocos instantes, el cuerpo miliciano de la guerrilla especializada, tras ponerse en contacto su coronel con la superioridad militar, convirtió el asilo en una verdadera ascua.

Bombas de gases cayeron en su interior para que no quedara hueco donde ningún roedor pudiera ocultarse.

Debajo, en las alcantarillas y provistos de máscaras de oxígeno, otros milicianos disparaban sus bombas y lanzallamas y los millares de roedores que intentaban huir quedaban enganchados entre los alambres de espinos, achicharrándose, retorciéndose hasta quedar carbonizados.

Cuando las cámaras de televisión llegaron al lugar todo era una gran pira controlada, que los bomberos no se preocupaban de apagar.

Mientras, en el hospital suburbial, la vieja hechicera insistía:

—Era Satanás y sus huestes. Se vengarán de nosotros, se vengarán…

Mas, la ciudad suspiraba, aliviada. Esta vez, las agresivas ratas sí habían sido exterminadas por millones aunque nadie escribió una sola línea en los periódicos sobre la hipótesis del abogado Coltieu, relativa a la mutación genética causada por la radiactividad de una central termonuclear defectuosa que, poco después, silenciosamente, sin alarmas, era clausuraba de forma definitiva.

FIN



SUCESOR DE LOS GRANDES MAESTROS DEL TERROR EDGAR ALLAN POE Y LOVECRAFT, ESCRITORES QUE JAMÁS CAERÁN EN EL OLVIDO AUNQUE SUS CUERPOS YA ESTÉN MÁS ALLÁ DE LA MUERTE. RALPH BARBY MANTIENE VIVO ESTE GÉNERO CLÁSICO E INMORTAL, PORQUE EL SER HUMANO SIEMPRE TENDRÁ MIEDO A LO QUE IGNORA, A ESOS SERES QUE QUEDAN AL MARGEN DE LAS DIMENSIONES CONOCIDAS.

AUTOR DE TÍTULOS ESTREMECEDORES, RALPH BARBY SEGUIRÁ PROPORCIONANDO A SUS LECTORES NUEVAS HISTORIAS A TRAVÉS DE ESTA COLECCIÓN ESCALOFRIOS DE TERROR, UNA EXCLUSIVA DE EDICIONES OLIMPIC S.L., PORQUE ESTREMECERNOS DE MIEDO ES UN PLACER QUE NOS HACE SENTIR MÁS VIVOS.

Ediciones Olimpic, S.L.
Apdº Correos 9428
08080 - Barcelona

P.V.P. 90 Pts